

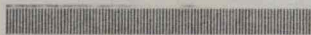
CÓRDOBA

ETERNA



HOTEL SIMON


DE PRIMER ORDEN



Gran Capitán, 7
CORDOBA

BAR BOSTON


Especialidad en Kocktails y combinados



Plaza de José Antonio
CORDOBA

Bar-Correo


VINOS Y LICORES



Jeeús María, 2.-CORDOBA

Bar «La Oficina»

Vinos - Licores - Tapas variadas



Morería, 8.-CORDOBA

El Brillante

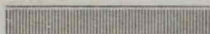
Bar-Restaurante



Enclavado en lo más típico de la sierra

Granja Royal

CAFE - BAR



Cruz Conde, número 3

CORDOBA

Bar

La Sultana

Frente a la Estación Central

CORDOBA

RESTORAN BRUZO

GONDOMAR. 2

CORDOBA

Mataadero Industrial

de

Enrique Balsera

Productos de garantía

PEÑARROYA-PUEBLONUEVO

Representante en Córdoba:

VIUDA DE MARCELO ROMERO

Fray Diego de Cadiz, núm. 4

Hotel
Cuatro Naciones

García Morato, 4
CORDOBA

EL BARRIL

VIUDA DE ANTONIO LUQUE

Plaza Antonio Fernández Grilo, número 4
Teléfono 1693
CORDOBA

Café-Bar **NEGRESCO**

Victoriano Rivera CORDOBA

RESTAURANTE

Hijo de

Miguel Gómez

Marqués de Boil, número 5

CORDOBA

Bar PLATA

EXQUISITO CAFE

Victoriano Rivera - CORDOBA

La Perla

Café

Gondomar, 1 Córdoba

Dunia

*es una barra
distinguida*

Gran Capitán, 10

CORDOBA

LA PRIMERA

RESTORAN

Frente a la Estación de Cercadilla

Vinos de todas clases

CÓRDOBA



Algunos de los festejos de la Feria de Mayo de 1948

III Exposición de Arte Taurino (de carácter nacional.)
Gran Mercado de Ganados.-Corridas de Toros.-Parti-
dos de fútbol.-V Concurso Exposición Nacional de fo-
tografía artística. - Carreras ciclistas y pedestres. - Con-
cursos de natación.-Concursos populares de patios cor-
dobeses, de rejas y balcones y de serenatas. - Concur-
sos infantiles y de parejas a caballo y a la andaluza.-
Conciertos por la Orquesta Sinfónica de Madrid.-Con-
cierto homenaje a la Banda Municipal de Música de
Córdoba.-Gimkhana de parejas mixtas.-Gran batalla de
flores.-Becerrada homenaje a la mujer cordobesa.-Fue-
gos de artificio.-Iluminaciones extraordinarias.-Teatros.
Circos y otros espectáculos.



ESTE folleto, que es un reflejo de Córdoba, está hecho por cordobeses. En su realización han colaborado escritores, dibujantes, fotógrafos y artesanos de esta Córdoba, que con sus páginas se asoma a tus ojos. Son pedazos de Córdoba que se han parado en el papel para recrearte con su belleza serena.

El eterno tesoro de su contextura y de su alma, la filosofía de su arquitectura y su cielo, su particularísima y añeja historia, nudo de Occidente, fusión y realidad de facetas eternas y vivas, te dirán sin palabras, más, que lo que las más brillantes plumas de sus hijos vivos y muertos pudieran comunicarte.

Córdoba, con su cielo solemne, con su sierra de viriles molduras y su sabio y añejo río, te brinda con el oro y el verde de su campiña, las esencias milenarias de la Historia.

Cualquier momento es bueno para sentir una inquietud espiritual si se vive en ella. Su presencia te obliga a vivir y actuar de una manera distinta a como lo hace el Mundo.

En el remanso místico de su ribera, se han caído desde el cielo unas casas blancas, en cuyas agrupaciones y portadas puedes estudiar la ruta de la civilización.

Sus iglesias y sus calles, sus avenidas y sus flores, llevan una serenidad adulta y un hondo sentido de lo serio.

Si un día quieres encontrar el torbellino y la paz, la sabiduría y el recuerdo, y sobre todo, explicarte los porqués de Córdoba y sus hijos, ven y asómate a ella.

Con su voz sin ruido, y con la luz de su cielo, te explicará todo lo que no puede describirse.

Un interés divulgador guía al Excmo. Ayuntamiento y al Sindicato Provincial de Hostelería, al editarlo. Con el folleto que sostienes en tus manos, desean que puedas formarte una idea esquemática de las bellezas de Córdoba, que en floración primaveral, realiza su feria, con la tradicional sojera de su estilo.

Esto, que pudiera ser interpretado como incitante turístico, no lo es porque por su categoría histórica Córdoba no necesita ser descubierta; vive y ha dejado la estela de sus hechos y su arte firmemente grabada en la memoria de los siglos.

La hospitalidad de Córdoba es tradicional, su presencia eterna. Sirvate este folleto, que llega a tí espontáneamente, para recrearte, como la flor a la sierra y para conocer un poco más de lo que nuestra España guarda.

DONACIÓN
J. GÓMEZ CRESPO

Bajo los arcos...

✧



Historia y leyenda... intriga y amores, sugieren los bellos arcos que definen la arquitectura cordobesa.

Bajo los arcos que cubren a trechos los oscuros callejones de la Córdoba injertada de moros y juderías, parece que acechan al caminante crímenes y venganzas, que con su resultante combinada, dieron solera y sentido al concepto del honor que preside en todo el alma cordobesa.

Y como un símbolo, que hace recordar que el honor se guarda y se limpia a precio de sangre, en las casas solariegas se levantan los arcos—herencia de todos los tiempos cordobeses—como una invitación a participar de la paz conquistada tras dura lucha, y como amenaza permanente de sanción inmediata para aquellos que osaran turbar con un mal pensamiento la paz familiar que se asienta en la bien probada capacidad del señor cordobés de defender su honra como en aquellos tiempos...



Córdoba, sede del Imperio y centro de la ciencia

por Aureliano Fernández González. - Catedrático

De la Academia de Ciencias, Bellas Letras y Nobles Artes

En su evolución histórica Córdoba se nos muestra inserta siempre en la marcha general de la humanidad desde los más remotos tiempos y no reducida tan sólo a un papel local, de segundo orden. Al mismo tiempo, no marcha al margen y a la rastra de un poder superior más o menos centralizante, sino con pretensiones innovadoras enraizadas en todo caso en una tradición anterior muy depurada.

Su primera aparición, prehistórica, es trascendente: ofrece en el revolucionario caso de Alcolea una supervivencia neandertaloide en pleno neolítico marcando una herencia atávica tal vez muy limitada, pero que indica un poblamiento anterior de la región y un deseo de permanencia que logra vencer la transición a la otra era geológica y perdurar en el lugar.

Sin embargo, no se trata de un afán localista estricto pues los habitantes, ya protohistóricos, de esta tierra cordobesa muestran un espíritu amplio al aceptar las influencias que ante ellos se presentan. Los pueblos colonizadores de la Península, siguiendo la vía natural de penetración del valle del Guadalquivir, llegan con su comercio hasta la Sierra Morena, y al contacto con fenicios y griegos surgen las leyes turdetanas versificadas, formulación de un derecho consuetudinario—tradicional—de largo tiempo, más de 6.000 años, establecido, entre las cuales aparece con un gran fundamento espiritual el matrimonio entre los cordobeses, curiosa institución jurídica revestida de formas religiosas a semejanza del Oriente.

Pero la amplitud de criterio y el deseo director característico de nuestra historia encuentran su primera ocasión propicia al insertarse la vida toda de la Península en un mundo más amplio, al penetrar en el ámbito político de la romanidad.

Es entonces cuando Córdoba se revuelve contra Sertorio y permanece fiel al Gobierno de Roma, al que representaba lo universal frente al partidismo de clase; pero mostrando a la vez su deseo de permanencia al apoyar en masa a Pompeyo frente a las pretensiones políticas de César sin perjuicio de un siglo después airear su entusiasmo intelectual a la llegada de las provincias al Gobierno del Imperio. Son entonces dos cordobeses, Séneca y Lucano, quienes ayudan en lo cultural a la creación del Estado universal frente a la estrechez del Estado-ciudad. Apenas se ha pacificado la Península y ya Córdoba afluye a Roma para desplazarla en la dirección de las letras y darle una mayor grandeza. En este siglo hispano de la literatura latina, Séneca, ayo, ministro y víctima de Nerón, dirige la vida espiritual de Roma y es el filósofo de moda que se atreve a imponer nuevas maneras de pensar, con una tendencia no metafísica, como era normal hasta entonces en la filosofía helenística, sino moral y práctica, enraizada muy hondamente en nuestra tierra, donde aun hoy su nombre es sinónimo de sabiduría, lo cual indica que sus doctrinas tienen alguna oculta conformidad con el sentido práctico de nuestro pueblo, y su estilo semejanza con la tendencia aforística y sentenciosa de nuestra lengua.

Esta característica de innovación con un fondo netamente cordobés se patentiza a la vez en Lucano, quien lleno de espon-

taneidad juvenil contraría la tradición latina al usar como tema poético los sucesos recientes y al rechazar lo místico y maravilloso usual en Roma; su «Farsalia» carente de dioses y mitología es puramente histórica, tan realista como las obras de Séneca, hasta el punto que los antiguos anunciaban esta total extrañeza de Lucano cuando lo excluían de los poetas «por haber compuesto historia y no un poema». Con ellos inicia Córdoba la «civitas praepotens alumnis» de Sidonio Apolinario, la nómina más ilustre de toda la cultura latina, y también comienza en aquella Roma del siglo I una literatura española con características mentales y propias de nuestra Patria, perdurables y resurgentes a lo largo de la historia.

La amplitud de criterio y el afán de dirección se hacen patentes en el entusiasmo con que los cordobeses acogen la nueva religión cristiana y colaboran en su difusión. Osio es la concreción de estas características. Toma parte principal en las decisiones imperiales que culminaron con el Edicto de Milán por el que se concede a los cristianos la libertad completa, y preside el I Concilio ecuménico, donde se redactó el símbolo de la Fe que logra la unidad espiritual de la cristiandad. Desde el extremo occidental del mundo llevó hasta el Oriente su fe recia, como siglos adelante atravesando el Océano desconocido otros cordobeses llevarán esa misma creencia a las tierras vírgenes americanas.

Durante la dominación visigoda resurge esa tendencia conservadora en varios momentos, unida siempre a un afán político de hegemonía. Tal ocurre en la sublevación de los rústicos de la campiña cordobesa contra Leovigildo que atacaba su catolicismo viejo, en el apoyo prestado a Hermenegildo que en esta tierra fija su resistencia política, en la acogida dispensada al perseguido Teodofredo que aquí se refugia, y en el hecho de que Rodrigo, el último rey goda, establece en Córdoba su capital.

Empieza ahora un papel predominante de Córdoba en la Historia de España. Muy pronto centro de la dominación musulmana, consigue con el Califato la capitalidad política de Occidente. Entonces surgen de una forma patente las tres características cordobesas señaladas: hegemonía política, raíz tradicional e inserción mundial.

Se le llama «sede del imperio y centro de la ciencia», sin usar frase hiperbólica. La vida cultural europea gira en torno al eje cordobés, donde se funden Oriente y Occidente y donde sobre base griega se crea una nueva cultura, de magnitud internacional y enciclopédica; pero siempre con un fondo tradicional aportado por el elemento mozárabe, que a veces se llega a usar la lengua del progreso y de la ciencia, el árabe español, tan caracterizado dentro de la filología semítica. Por otra parte, esta dirección civilizadora tiene aspiración mundial y vida trascendente, al permitir contraducciones hebreas y latinas que el saber antiguo reelaborado en Córdoba pasara al resto de Europa para originar un prerenacimiento que fija en el Occidente el centro de gravedad del mundo científico medieval.

Su hegemonía política se extiende por toda África Menor y por la España cristiana, y el prestigio de la ciudad atrae embajadas de todas las naciones en solicitud de alianza, desde la alemana de Juan de Gortz hasta algún rey leonés en persona, sin olvidar los enviados bizantinos, franceses e italianos, todos los cuales se asombran ante el esplendor y tolerancia de la corte califal de Azzahara, donde conviven y dirigen la administración pública musulmanes, mozárabes y judíos. Córdoba y Bizancio son en este siglo X los grandes focos políticos y culturales de donde irradian influencias hasta los confines más lejanos del mundo. Alguno de sus gobernantes, Almanzor, es cantado mucho tiempo después de su muerte por las tierras africanas en viejos romances de sabor heroico. La fama de la ciudad deslumbra Europa y en un oscuro Monasterio sajón es llamado «ornato del mundo» por la alemana Hroswitha.

Cuando la debilidad de las Taifas, estallido de vida provincial estrecha, ocasiona las invasiones africanas y Córdoba cae bajo el poder de reyes incultos y fanáticos, siempre expone su papel superior por boca de uno de sus escritores, el Xecundi, al desplegar ante los jefezuelos marroquíes la grandeza ilustre de Córdoba, el catálogo de reyes, sabios y eruditos, de poetas y héroes, que en un estilo enfático e irónico, a la vez levantado y familiar, contrasta con la historia de los dominadores del desierto. Y ofrece al mundo la figura de Maimónides, el talento más dialéctico que jamás ha producido la raza hebrea, nuevo Aristóteles medieval, cuya actuación abarca todas las ramas del conocimiento humano.

El fondo conservador es mantenido por los mozárabes, españoles de origen, visigodo o hispano-romano, que mantienen su religión, tradiciones, lengua y cultura en medio de esa floreciente sociedad musulmana, por la que se ven influidos, pero a la que a su vez aportan la tradición isidoriana, la veta española, que se funde con los elementos orientales y occidentales recogidos por San Eulogio en su viaje bibliográfico a Navarra: del Monasterio de San Zacarías logró traer ejemplares de Virgilio, Horacio Juvenal, Porfirio y Avieno.

La reconquista cristiana de la ciudad nos ofrece de nuevo la amplitud de absorción; ocupada por almogávares fronterizos con ayuda de musulmanes cordobeses, se repuebla con elementos mudéjares, cristianos y judíos que conservan sus instituciones típicas coexistiendo junto a otras más innovadoras que pronto se aclimatan, dando muestra de la capacidad sincrética de la tierra, y recibiendo desde entonces el sello barroco característico de su historia.

Más avanzada la Edad Media, siempre que hubo ocasión engarza la vida en la marcha general de la humanidad, y un cordobés, Juan de Mena, abre nuestra literatura a las corrientes italianas de humanismo con un gran poema semejante a la Comedia del Dante; y toda la comarca interviene en la formación de la nación española, en la época de la creación de las nacionalidades, siendo durante varios años la cabecera de las campañas granadinas y ofrendando como fruto sazonado de su tierra milenaria a Gonzalo de Córdoba, el Gran Capitán, que colabora con los Reyes Católicos, a la expansión imperial de España, y hace que nuestra nación se convierta en la primera potencia de Europa y por mucho tiempo en la dominadora del Mediterráneo.

Cuando con los descubrimientos geográficos el mundo vuelve sus ojos al Océano, Córdoba interviene muy destacadamente en la conquista y colonización de América. Aquí vivió Colón, aquí se discutieron sus planes, aquí nació su hijo Fernando, y de Córdoba salió Diego de Arana, su acompañante en el primer viaje y jefe de la primera guarnición española en el Nuevo Mundo. Tras de él son incontables los cordobeses que en América actuaran llevando el recuerdo de la ciudad madre a tierras inmensas, donde había ríos como mares y donde nunca se había visto la Cruz de Cristo; en la toponimia americana el nombre de Córdoba se repite desde Nuevo Méjico a la Patagonia, y más allá del Pacífico vuelve a resonar en las Filipinas, constelando el mundo entero con el recuerdo de la ciudad. Nombres de Córdoba se repiten sin cesar en las tierras americanas y todavía hoy se celebra a Jiménez de Quesada y a Caballero Góngora con gratitud emocional.

Cuando a España llega la plenitud del Renacimiento, los genios cordobeses aportan su saber con Pérez de Oliva, el humanista que se preocupa de la moral social y obliga a nuestros pensadores a seguir la corriente general de la cultura de la época, y con Céspedes, el erudito tratadista de la pintura, siempre abierto a todas las seducciones de belleza que ofrecían las nuevas formas de vida.

Pero es Góngora quien ofrece muestras de lo tradicional y lo nuevo en su producción poética culterana y popular; él refleja los dos planos permanentes de la cultura española, la línea localista, moderadora y estable, y la universalista, innovadora y mudable; el barroquismo, con su tendencia exageradora, fuerza lo extremado de esta bifurcación, y fruto de él son las Soledades y los Romances, tan antitéticos, en temática y formulación, procedentes el uno del recién aflorado Renacimiento y los otros de la profunda veta medieval castellana.

Nueva ocasión innovadora, frenada con el fondo tradicional, se ofrece en el Romanticismo: nuestro Duque de Rivas inicia su penetración en España, pero dándole un carácter creyente, aristocrático, arcaico y restaurador, tan distinto del subjetivo y radical de Víctor Hugo; opone así un recio valladar a las máximas del liberalismo nivelador que en un principio hacía del nuevo movimiento una escuela de la Revolución Francesa. Fué él la última gran aportación cordobesa a la historia, y su nombre brilló hegemonícamente llevando a España, con características propias, a las nuevas orientaciones de la vida cultural de la humanidad.

En la actualidad Córdoba no permanece al margen de la marcha general de la humanidad. Su presentación urbana refleja la tónica normal de una ciudad progresiva, tanto en lo material como en lo espiritual; ha desarrollado los recursos excelentes de su suelo originando una gran industria mecánica y agrícola, y cultiva en Centros docentes modelo la inteligencia de sus habitantes. Instituciones prestigiosas decantan las nuevas aportaciones y mantienen a la vez el contacto con las más modernas corrientes del pensamiento universal, realizando así el engarce permanente con el certero lema de su escudo «clara fuente de sabiduría».

CAFE CHASTANG

Avenida del Generalísimo, 20

CORDOBA

Teléfono 2540



«No me mueve, mi Dios, para quererte,
el cielo que me tienes prometido.

.....

Muchos de los que no conocen Córdoba desde cerca, pueden creer que el predominio racial dentro de ella es árabe; pero si observan de manera minuciosa, la morfología y expresión de sus hijos más relevantes, encontrarán en ellos un marcado sello patricio, que es noble secuela de la solera romana.

Los rasgos de Rafael Molina no dejan lugar a dudas sobre ello, en su caso concreto. Todo su conjunto, lleno de vitalidad y humana grandeza, rebosa esta definida característica externa que coincide con su postura ante la vida. Igual que torero pudo haber sido otra cosa, cuya realización hubiera exigido una responsabilidad íntima y un derroche de energías, invertidas con señorial propósito, pero nació en una época y dentro de un medio, en los que no podía ser más cosa grande que torero.

«Lagartijo» es el torero que afronta la responsabilidad gigante de regir durante muchos años de alternativa la trayectoria del Toreo; su personalidad extraordinaria da un carácter de señorío cerebral a la Fiesta donde en competencia, el músculo humano y animal luchan por la vida.

La primer piedra del actual edificio taurino es Rafael Molina cuando nace al toreo, y al conjuero de su experiencia, que adquirió compitiendo con los más primitivos toreros, de esencial grandeza e intuitivo valor, se va delimitando la arquitectura ampulosa y brillante del concepto científico de torear.

Torero creador, Rafael une a sus inspiraciones y facultad definidora, una postura y una manera de ser dentro de la plaza, hijas de su habilidad y de la interpretación original de la ciencia asimilada de los grandes maestros.

«Califa» que más que moro es romano, y patricio en su toreo, debió ser más justamente calificado como «César», de acuerdo con su perfil y hechos.

Inurria, un inmenso concepto militar con su testa aguilena, encajando su rostro en mármol sobre una coraza, que dentro de su españolísima forma, lleva la esencia grandiosa de la Roma de los generales mitológicos. La perdida cara del Gran Capitán de Tercios guerreros, es substituida por la del Gran Capitán de la Torería. El escultor cordobés funde en su monumento para Gonzalo Fernández de Córdoba, a los dos hombres de su tierra que más partido sacaran al cerebro en la lucha contra la muerte en cotidiano ardor por el peligro; porque en su rapidez forjadora y lo meditado de sus acciones tienen coincidencias y paralelismos con los que edifican y transforman el férreo bagaje de la filosofía cordobesa, cuya más material representación está en las paradas cancelas de sus patios, a través de cuyos hierros puede el caminante adivinar el aroma, la luz y el verdor de un alma encerrada y fecunda, que aspira a la belleza íntima, en quimera ideal, que interpreta el inútil salto del surtidor, que en su ansia incolora y vertical al eterno objetivo, el cielo, marca una y otra vez la ruta genial de lo inexplicable.

«Lagartijo», en su manera de torear, es ampuloso y gongorino, pero como el inmenso poeta de esta tierra también forja letrillas con sus adornos airoso, en los que deja una estela de ciencia y señorío que se desprenden de los pliegues de su capote.

Si él es la base del Toreo Moderno, «Guerrita» es el más



«LAGARTIJO», TEMA CORDOBES

por Antonio Ortiz Villatoro

tago airoso y «Manolete» el remate definido del obelisco que el primer gran maestro cordobés empezara a edificar.

Estos tres toreros son algo especial y único en la Historia del toreo. Tema eterno y vivo de inspiración artística y poética, que como los héroes mitológicos de la vieja Roma, provocan en el pueblo una conmoción, que les hace saltar a viejos ritos y manifestarse de manera imprevisible en sus reacciones.

La solera romana, se derrama en el acto de volver a la tierra el maestro Rafael Molina.

Uno de sus amigos íntimos, en el momento solemne de destapar la caja que encierra el cuerpo yerto del torero, por un desconocido motivo y de manera espontánea, con una onza de oro en la mano, se arrodilla junto al cadáver y la deposita en el bolsillo del chaleco del difunto. «Pa que tú, que eras el más rumbo, tengas dinero hasta después de muerto».

El sello más acusado de los toreros cordobeses ha sido la dignidad, hereditaria condición, arrancada del señorial y patricio origen de su cuna. Ellos, sin respetar nada, cuando se consideraban aptos, asaltaban el primer lugar sin respetar Historia ni maestros, y allí se sostenían hasta la muerte profesional. De ahí las fieras competencias que sustentaban «Lagartijo» con «Gordito», su jefe de cuadrilla, y luego «Guerrita» con el propio «Lagartijo». El respeto a sí mismos, el concepto de la responsabilidad, y el conocimiento de su altura, los independiza del resto de las grandes figuras y les coloca junto a César, porque en su trayectoria hacia el triunfo, nunca temieron saltar El Rubicón, ni asentar sus plantas en el puesto definidor y director del toreo de

su época. «Lagartijo», «Guerrita» y «Manolete», en la plaza, nunca tuvieron gestos de bajo gladiador, sino los solemnes y pausados del señor que dispone de vidas con el solo hecho de levantar el dedo.

En el ambiente cordobés flota siempre la memoria del maestro; de su personalidad quedó algo que sirve como índice y que mantendrá su nombre a través de los tiempos. No es una escuela filosófica, no es tampoco un recuerdo material, es algo arrancado de lo más hondo de la Roma que empieza a ver luz: el concepto cristiano de la caridad que en él era interpretado como rumbo. Decía a su hermana el gran torero, que no quería que en su barrio quedara un pobre un día sin comer mientras él viviera. Con hechos sostuvo sus palabras. Su matrimonio estéril le dejó un ansia de paternidad insatisfecha, que hacía que en muchas ocasiones se rodeara de todos los chiquillos necesitados del barrio, en su mesa, de la que nunca faltó un plato de cocido para los pobres.

Esta es una de las facetas menos conocidas de la «lagartijá», que es una palabra particular del diccionario íntimo cordobés, con la que expresa el pueblo, en términos generales, el desprendimiento y el rumbo, particulares cualidades del gran torero.

Fué «Lagartijo» artista creador por excelencia; inventó suertes, hoy perdidas, de una gallardía y prestancia genuinas, como la larga lagartijera, en la que plasmó el primer paso de un estilo de torear, que cuajara más tarde en el culminador «Manolete».

Como primer torero cerebral de ciencia y estilo propios, lle-



abarca generaciones históricas y dispares del toreo, siendo a la vez autor e intérprete de un modo de torear, que perdura como ejemplo.

A lo que estos leyeran, podemos asegurar que «Lagartijo» no es un mito; su historia está viva, su recuerdo perdura en la memoria, y los ojos de quienes convivieron con él, conservan su imagen para certificar que era algo aparte, en la calle

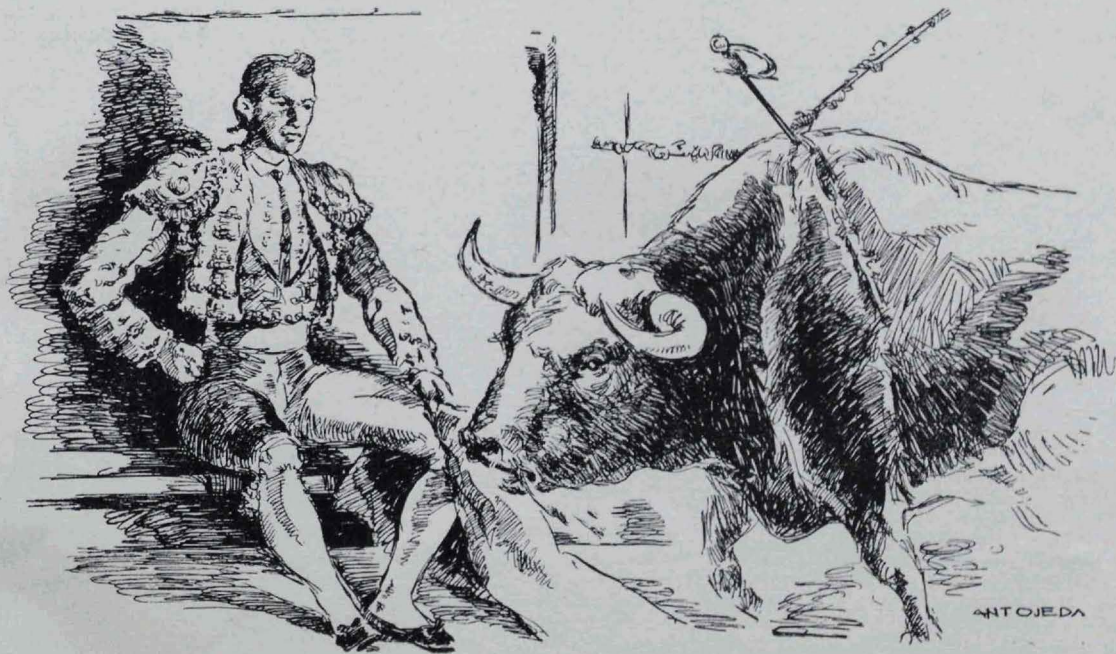
gó a conclusiones exactas, y realizó con frecuencia típicas hazañas, que se incorporaron como definidoras y concretas facetas de su toreo, y que si hoy concurrieran en algún torero serían todavía consideradas como virtudes de incalculable valor. Su media estocada, era de ejecución matemática; su gesto de pagana deidad cuando arrojaba la puntilla para terminar con el toro, con estilo jupiteriano, rematándolo con la hoja de acero fulgurante; y la consciencia de la eficaz ejecución de la suerte suprema, en determinadas ocasiones, cuando se permitía esperar, sentado en el estribo, sin salida frente al toro herido, a que fuera a morir a sus pies en la última arrancada, son cosas no repetidas que entran de lleno en lo legendario.

«Lagartijo» fué además, el torero de más larga carrera taurina: 28 años de alternativa como primerísima figura; 10 antes, como torero notable, y sus primeras andanzas. Esto lo independiza como coloso del arte de torear, y le aparta del resto de los que figuran en la Historia. Su permanencia en activo, que consume toda una vida, bastaría por sí sola, si no hubiera muchos otros motivos fundamentales para hacer de este artista cordobés, algo único dentro de la fiesta, donde es el primero a perdurar en competencia con las primerísimas figuras, durante un ciclo que



y en la plaza. En la Roma primitiva, sus hazañas habrían servido como base para que más tarde entrara su real presencia de lleno en la Mitología, porque es verdad, y así lo dijo el poeta, que:

«Le canta el pueblo con su cantar sonoro;
le adora como a Dios, la tierra baja».



Canción de la noche cordobesa

por Manuel González Gisbert



Fué un Jueves Santo; pero pudo haber sido cualquier noche del año...

Córdoba soñaba en brazos de la sierra, con la lánguida voluptuosidad de su alma, mitad mora, mitad cristiana.

¡Los pies bañados en un agua que sabe declinaciones y hemistiquios, que susurra églogas y epigramas, y la cabeza coronada de las místicas y penitentes espinas de unas ermitas, que son el poema de piedra de una fe que sabe que sólo el camino ascético de la renuncia y el sacrificio, es el único posible para lograr el cielo que le pintaron los poetas romanos!

Aquella noche... como todas, Córdoba núbil, siempre joven e ignorada, siempre virgen y enamorada, se ofrecía a quienes supieran ganar el tesoro de su alma y de su carne.



Mi acompañante—un castellano de aquellos herederos legítimos de Mio Cid Campeador—, se maravillaba del sonoro y macizo silencio que reina en las calles, que no son arterias ni venas, sino legítimos nervios que rigen la vida afectiva de nuestra madre Córdoba.

Y yo le decía, que su extrañeza sólo podía nacer del desconocimiento que en general se tiene de lo que es y significa Córdoba en la historia de la humana cultura.

—Vuestra fina sensibilidad, educada a la sombra de Santa Teresa y San Juan de la Cruz, le dije, no os capacita sin embargo para entender este misticismo cordobés, que tiene aún muchos resabios islamitas, y que es una curiosa simbiosis del edén sensitivo de los moros y del paraíso sublimado de los cristianos.

Córdoba de noche ofrece un aspecto tan especial, tan suyo que para entenderlo, hay que participar de la vida de esta ciudad. Y digo para entenderlo, porque para gozarlo, basta con ser medianamente humano; pero gozar sólo, es una parte—la más fácil—de las funciones de la criatura humana. Entender, es llenar de contenido una impresión, es hallar el por qué de la emoción que nos embarga, y dar su verdadero sentido a las formas y a los modos.

¿Pero es Córdoba una forma? ¿Es tan sólo un modo? ¡Acudan a la palestra psicólogos y estetas, y ellos dirán rotundamente que no!

Córdoba es un sentido; un sentido de vida y de muerte.

Puede ser que su origen fuera puramente accidental, pero su realidad actual, es ya una esencia.

Y esa esencia, es la que se manifiesta en la noche cordobesa, desprovista del accidente de luz y color que pudiera prestarle el día. Durante éste, Córdoba puede ser confundida con cualquier ciudad luminosa del mediodía español; acaso en algunos aspectos sea inferior a otras.

En la sinfonía de flores y luces que compone Andalucía, acaso Córdoba no sea otra cosa que el fondo que da unidad y tono a la composición.

Pero de noche..., cuando todo se convierte en silueta y aroma, y la luz uniforme de la luna esparce por igual su baño sobre rojo de claveles y blanco de azucenas, entonces las ciudades mosaico se agrisan en tanto que Córdoba comienza a ser luminosa. Aquellas se duermen, mientras la nuestra comienza a vivir como la blanca gacela que vive en los oasis africanos, somnolienta durante las horas inclementes en que reina el sol, y suave buscadora de néctares y amores apenas aquél se pone.

Córdoba reza y canta, ama y se mortifica cuando no hay testigos que puedan criticarla ni aplaudirla.

Y por eso la figura que a veces entrevemos en la encrucijada de los callejones estrechos y altos, igual puede ser la de la penitente que acude a orar a los pies del Cristo de los Dolores, que la de una Magdalena pre-cristiana que busca entre las sombras de los limoneros y muros al amante que la espera después de inquieta jornada y dura caminata por calles donde aún resuena la galopada de la negra yegua de un romántico bandido, o de un capitán de valerosos cenetas.

Y esta mezcla de paganismo y fe, es la característica de nuestra vieja Córdoba, que se sobrevive a sí misma, renovándose cada día con nuevas penitencias y nuevos amores, y que de día vive soñando con la noche, y de noche muere en constantes éxtasis de amor y de penitencias.

Suena el apretado silencio de Córdoba, porque en él flotan rezos y misterios, divinos coloquios de almas religiosas con su Dios, suspiros de enamorados que se buscan... y se encuentran.

Dije, a mi amigo el castellano, y éste en silencio bajó la cabeza como dándome a entender, que había comprendido...

Marzo 1948.



Dos monterías en la Sierra de Córdoba

por «MOSTACILLA»



Hace años, subíamos otro montero (¿?) y yo, una pendiente vereda, una vez terminada una montería. Mi acompañante y compañero me preguntó:

—¿Es esta la primera montería a que asiste?

—No, señor; es a la última—le contesté.

En efecto, mantuve durante años esta actitud de aislamiento, decisión tomada después de acudir a monterías sin que en ninguna ocasión se pudieran poner a prueba mis en potencia reconocidas dotes de montero, que las de cazador ya lo estaban más que demostradas, desde la tierna edad de 10 años.

Hace unos días, un sábado (en cuyas tardes el teléfono nos hace olvidar sus incomodidades de la semana entera) me llama Pepe Martín, excelente aficionado y mejor persona.

—¿.....?

—Encantado, hombre. Muy agradecido. Ya sabes que soy un detractor de las monterías, pero me gusta el sitio y la «compañía». Hasta mañana. Te recogeré en mi coche.

—¿.....?

—Pues yo con ver una me sobra.

Fría mañana de Diciembre. Dentro del coche se cuaja el aliento en los cristales. Vamos subiendo por la pintoresca carretera de Villaviciosa. Cada revuelta nos recuerda un sitio que nos es familiar y testigo de éxitos o fracasos. Ya empezamos el descenso, salimos de la cuenca del Guad-el-Kébir, para descender por la del Guadíato. Vamos bordeando precipicios hasta llegar al puente de madera sobre el río. Una cuesta con varias curvas. El kilómetro 22. Hemos llegado. Llegan los otros coches. Apretones de mano. Abrazos. El guarda, cortés porque es andaluz, nos saluda, nos informa.

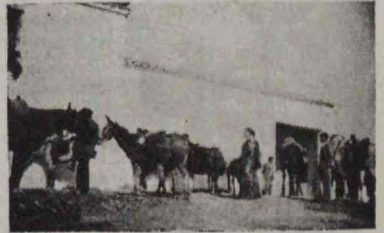
—Vamos a tener «güen día», hay «ganaete», pero los perros no han «paresío».

Pepe Martín asegura que el dueño de la rehala no se ha «rajao» y que los perros llegarán a tiempo.

La chimenea ya está encendida, ya tiene buen «cerco». Las tortas, el aguardiente y el coñac van de mano en mano. Se fuma, se bebe, se ríe. Los impacientes salen a ver si los perros vienen; cuando entran son preguntados con ansiedad. Pepe Martín, tranquilo, empieza a meter papeletas en un sombrero para el sorteo de los puestos. Yo no entro, tengo trato de favor y seré puesto en la Peña de Escobar, paso obligado para cualquier res que haya en la mancha.

Por fin llegan los perros. Es buena hora.

Cadaada armada lleva su camino. Media hora dura el nuestro. En un puerto pintoresco y bravo de mi sierra sin par, dejamos los caballos. Paco Salinas, viejo amigo de viva mirada, destaca su cabeza. Rezamos por los monteros difuntos; nuestro mur-





mullo se une al canto de las perdices y al arrullo de las torcaces. El aire frío de la sierra nos besa la frente... Salinas da la consigna: «Hijos míos, hay que matar reses, no importa tirar «pa» donde esté un compañero, que compañeros hay muchos y reses hay pocas». Nos separamos. El excelente cazador y montero, Pepe Sánchez y su «escudero» Peñita, me acompañan para dejarme en la Peña de Escobar. Caminamos un puntal abajo; se ven huellas en la vereda, tallos de monte recién tronchados, troncos de pinos decortezados de rascarse los jabalíes. Vamos volando perdices y palomas. La mañana es espléndida.

Llegamos a la Peña. Pepe Sánchez opina que es más bien paso de rifle desde la peña misma y que debo de ponerme en las lastras del collado, que tiene mejor ajuste y se puede tirar más de cerca. Así lo hago, no sin el natural escepticismo de quien jamás vió una res en el campo.



La caminata, mi puestó que está en solana y la indumentaria, me han hecho sudar. Me quito pelliza y cuero y me quedo en mangas de jersey verde. Cargo mi escopeta. Fumo. Me siento. En el fondo de un barranco enorme, sobre un collado, rodeado de cerros, estoy. El sitio es magnífico, pero...

Son las once cuando se suelta. Al instante, una ladra, un trabucazo que retumba y el eco repite obstinadamente.

A mi espalda siento un lejano tropel. Una «juanica» pasa rápida; detrás, cinco melones, unos tras otros, marchan torpemente; vuelan las perdices, todo parece indicar que se acerca uno de esos animales salvajes que mis compañeros, personas sensatas, me aseguran haber visto e incluso matado. En sus casas he visto sendas cabezas disecadas, con descomunales cornamentas y colmillos, cuya contemplación, aun hecha a prudencial distancia, causa la natural inquietud. Muchas veces he pensado si serán vetustos recuerdos de familia de cuando existían estos animales, hoy desaparecidos de la faz de la tierra. Impulsado más por la razón de este discurso que por el valor, me levanto de mi catrejillo y me pongo gallardamente en la vereda por donde obligadamente debe de pasar el fiero jabalí o el elegante y airoso venado.



Pasaron unos minutos. El silencio se hizo de nuevo, y ninguna otra cosa que no fuera el canto de las perdices, turbó el sosiego augusto de la sierra...

Debo de almorzar, pienso. Me dispongo a hacerlo. Abro el morral y como está en un sitio una «miajita laero», se vuelca y se mejando un cuerno de la abundancia, mi zurrón empieza a derramar fiamberas, paquetes, frutas, vasos, botella, cantimplora, estuches... todo lo cual emprende una endiablada carrera hacia el fondo del barranco, originando un estrépito sólo comparable al que hacen los chicos festejando el sábado de Gloria.

Una vez que he rescatado mi sabrosa tortilla que una ulaga me disputaba con terquedad y los demás componentes de mi ración alimenticia, me dispongo a ingerirlos regando todo esto con el rico mortiles. Termino mi colación y el humo de mis presuntos disparos es sustituido por las nubecillas azules de un habano.

Casti solliento me hallaba, cuando sobresaltado eché mano de mi escopeta, acto reflejo incongruente con el motivo de la alarma y que fué un grito ancestral y horrisono que profirió el guarda y que para sí hubiera querido Johnny Weissmüller, el intérprete de «Tarázn de los monos». Hice señas a aquel aborígen para que cesara en sus infructuosos alardes y viniera a fumar un cigarro de buen tabaco, idea a la que sumó con verdadero entusiasmo. Me dijo que habían salido dos cochinas al principio y un cochino que había tirado la última escopeta de la traviesa.

Emprendimos un laborioso regreso cuesta arriba, dificultado por el peso de la indumentaria y el monte que cerraba la empinada vereda. Por fin llegamos a la casa. Uno asegura haber visto un lobo, otro que ha tirado un jabalí. Mis aseveraciones de que en el primer caso se trataba de un perro y que en el segundo era un marrano casero de un rancho próximo, dieron por resultado unas despreciativas miradas del émulo de Tarzán, que lanzó un salvazo contra la candela de la chimenea, limpiándose seguidamente con el dorso de la mano.

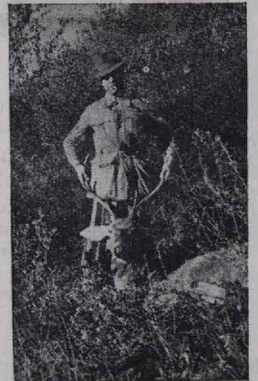
Me preguntan qué es lo que he visto, a lo que contesto que lo que esperaba: el cielo azul, el aire diáfano, la sierra bravía, las mejores obras de Dios.

En una reunión de amigos, Juanito (don Juan) García Liñán, propietario (feliz condición) de «El Rincón Bajo», me invita para la montería anual que da en su hermosa posesión de la

sierra de Hornachuelos. Le agradezco su gentileza y le ruego me dé un pase con posibilidades de ver algo, ya que si a mi testimonio se recurre, habría que dudar de la existencia de las reses. Al día siguiente una razón telefónica me advierte que el día 7 hay que estar a las nueve y media en la finca y que se sale puntual.

Los alrededores de la Plaza de San Hipólito estaban muy concurridos la mañana del 7 de enero de 1945. Por sus estrechas callejuelas discurren numerosos fieles con trajes camperos. A la puerta de la iglesia varios coches esperan.

Finaliza el Santo Sacrificio. El sacerdote eleva sus manos al cielo de donde recibe flores de bendición que esparce sobre nosotros haciendo con su diestra la señal de la Cruz. Ya en la calle se prodigan los saludos, se ofrecen cigarrillos, se demanda algún puesto para un despistado. Enseguida a los coches. Conmigo viene José Manuel F. de Valderrama, una de los mejores escopetas de Andalucía y compañero de excursiones camperas. Es todavía noche casi cerrada. Caminamos por la carretera de Palma del Río; a la luz de los faros vemos las tapias de Córdoba la Vieja, que fué de Lagartijo. Lindando el Cercado de las Pitas, de Machaco, las Cuevas de Artaza, las del llorado Guerrita (Cuevas Altas). Ya es de día cuando llegamos a Almodóvar. De la niebla surge la mole de su castillo, donde es fama que estuvo presa doña María de Padilla, por orden de don Pedro el Cruel. Caminamos hacia Posadas. El frío es tan intenso, que los cristales del coche se llenan de cristales de hielo. Ya está el sol fuera cuando en una revuelta se nos aparece Hornachuelos, tan pintoresco, pueblo en cuyo término están los mejores cotos de reses del mundo. Díga-





lo, sino, el Marqués de Viana, el de la Guardia, el del Contadero, los Parías, Marqués de Salinas, Rómulo y tantos otros, dueños de estas fincas y monteros de fama que encontraron diversión sin igual en esta serranía. Llevamos el mismo camino que conduce a San Calixto y Chamiceros, magnífico coto de don Julio Muñoz, Aguilar (Marqués de Salinas). Unos coches parados nos indican el sitio de la desviación. Hay que pasar un largo carril de difícil regreso por la pendiente. Nos aventuramos camino adelante. Ya en la casa vemos muchos coches ordenados como en una parada.

Van llegando otros coches, «caballeros» y «de infantería».

De lo mejor de los monteros se ha reunido en el Rincón Bajo: matrimonio García Liñán (dueños de la finca), matrimonio Leva, Natera-Benito, Sanmiguel-Eraso, Srta. Anitín López Benito, señorita de Zugasti que acompaña a don Iñigo Muñoz, Marqués de la Guardia, del Contadero, Leopoldo Parías, Mora Figueroa, toda la familia García con Indalecio a la cabeza (una legión de monteros de fama), Joaquín y Paco Natera la gente de Posadas, la más simpática

y cordial con Manolo Ramos, todo afecto y tantos más, todos monteros de calidad y amigos de los leales, de los buenos, gente de corazón sano y clara mirada franca ¡camperos!! ¡Cuántos saludos, abrazos, frases de afecto, brometas, recuerdos de pasadas monterías! ¡Cuanta alegría, sana alegría! A las bestias. Un magnífico escuadrón, tan pintorescamente eterogéneo. Junto a Carmelina López de G. Liñán, todo elegancia y gracia (vestido campero) sobre alazán que se siente honrado por el peso de su amazona, un simpático amigo con un indumento anacrónico en el que se prodigan las cremalleras, rematado por una bufanda amarilla y azul, que contrasta con su magnífico armamento, dos rifles y cuchillo de postín. Matías García, viejo montero, pero no viejo, monta un «topolino» terco que da vueltas.

El rezo es un murmullo unánime en los labios y el viento de la mañana entre las ramas de las seculares encinas que nos cobijan, le acompaña. No se tiran corzos, ni varetos. Es la consigna que nos da el «rezador» Manolo Guerrero G. del Busto.

La caravana se pone en marcha, precedida por Juanito G. Liñán. Llevamos 12 rehals con más de 300 perros. Todavía estamos lejos de la mancha y todo son risas y bromas y jocosos comentarios. Van algunos de «infantería» «amateurs» o que quieren jactarse de fuertes. Uno de ellos, que caminaba a mi derecha, cuesta arriba, con semblante en que se reflejaba su pesar por aquella imprudente decisión, se «mosqueó» un poquito porque le dije: «Si te gusta cantar echa una coplita».

Parada. Se nombra una armada. Los designados se apartan del pelotón. Los despedimos. ¡Mucha suerte, hasta la tarde! Algunos no se fían de la firmeza de su cabalgadura y echan pie a tierra. Desde el fondo del barranco es pintoresca la vista del cerro por donde desciende la caravana. Un sol que es una bendición, pone su nota de rotunda alegría en todo lo que ilumina con su luz cegadora. Más armadas que se nombran y menos gente que colocar. Subimos a un puerto de espléndidas perspectivas. Frente a nosotros, un barranco profundísimo y delante, al otro lado, un cerro enorme, coronado de peñascos, una silleta y a su izquierda, un cerro coronado por tupida arboleda de encina y alcornoque y monte alto y espeso.

Ya no se nombra a nadie, se le hace una seña para que se apece del caballo. Aquí nos quedamos don Iñigo Muñoz (hijo de don Julio) y yo. Con un apretón de manos a Juanito Liñán le quiero expresar mi satisfacción por el puesto que me da.

Bajamos hacia el barranco con trabajos, por un anteproyecto de vereda. En lo más hondo del barranco está mi paso, el de Muñoz en lo alto de la silleta, hacia el que camina resuelto, ayudado por sus pocos años y su mucha afición. Mi paso es muy cerrado. Los árboles y el monte muy alto, no me dejan ver nada. Decido subirme por el pecho de atrás, por el mismo que traje camino del barranco. Mi trabajo me cuesta, pero me pongo en una carbonera desde la que veo muy bien y tengo a tiro el puntal de enfrente con sus dos vertientes, el fondo del barranco y sobre todo la magnífica vista de los dos cerros unidos por la silleta o collado, donde adivino a mi compañero.

Al cerro que tengo enfrente se le llama «El Ensillado» y en él están los mejores encamaderos de venados de toda la finca. Las torcaces baten el aire con su vuelo rápido, un pájaro «da de pie» en unas piedras lejanas, dos águilas tienden al viento sus alas y llenas de majestad, describen círculos y de vez en cuando lanzan gritos de triunfo. Los peñascos adornan lo alto del cerro y sigue por sus vertientes, como una piel por el cuello y los hombros de una mujer. Todo el campo está lleno de luz y se despreza al tibio halago del sol de mi tierra. ¡Qué hermoso es todo esto, Dios mío! ¡Y dirá mi mujer que estoy chiflado!

Miro el reloj. Son las once. Me despongo de alguna ropa y me siento en el catre a pleno sol. Cargo la escopeta y descargo la petaca... y a esperar. Un presentimiento de que hoy ¡al fin! voy a ver, y a tirar. Muy lejos, una ladra. Un trabuzazo. Una serie de rifle... después gruñidos y ladridos como de un agarre. Nuevas ladras se suceden y se generaliza a mi derecha el tiroteo. Distingo perfectamente los tiros de rifle y de escopeta. Esta vez ¡la ladra viene hacia mí! Espero con temple. Oigo arrollones de monte a mi derecha... un tiro de escopeta, unos segundos después, otro. Es el remate. Después ladridos de perros y voces «juereándolos». Ese ha hecho carne. Durante un par de horas no cesa el jaleo, pero por mi amplia demarcación nada se ve. Ahora está la cosa más tranquila y almuerzo. Me da la tos, ¡este maldito catarro! Resuena la tos en el barranco como dentro de una iglesia. ¡Vaya por Dios! Enciendo un cigarrillo a ver si me calma. No iría ni mediado cuando bajan por las piedras un par de perros; entran en el monte, que parece tragárselos. Unos ladridos secos, sigue carpiendo uno de ellos de forma emocionante y sonora; debe ser el tenor de la rehala. Súbitamente se oye entre el monte un ruido sólo comparable al que harían media docena de árboles abatidos a un tiempo sobre el suelo y de los matorrales surge un hermoso venado que viene cuesta abajo como una tromba. Los perros le siguen, pero su galope es más rápido; lleva la cuerna sobre el lomo, su hocico extendido hiende el aire y en cada salto sus patas traseras se estiran hasta lo imposible, mientras las delanteras las encoge hasta no vérselas; no parece que toca el suelo con las patas, sino que nada o que vuela sobre el monte Viene derecho apretado. Recuerdo perfectamente que exclamé en voz alta: ¡Qué cosa más bonita! ¡Aquí te voy a matar! Apunto a un clarillo entre el monte. Apenas ví el hocico asomar, piqué. La bala le



despreza al tibio halago del



dió en el vacío izquierdo, cerca de la nalga. Le oí caer, pero lo espeso de la arboleda me impedía verlo. Los perros se habían quedado muy atrás. Por entre los acebuches me parece ver los cuernos y le pego otro tiro. Al ruido siguió andando y lo ví ya algo lejos para escopeta, unos 80 metros. Cargo de nuevo y le tiro. Esta vez le veo rodar el barranco abajo. Los perros que seguían el rastro entraron y les oía ladrar, gruñir y pelearse. Fuí corriendo, trepé agilmente por unos peñascos (que más tarde no pude subir y hube de rodear), detrás de unas zarzas el venado estaba moribundo rodeado de perros. Tenía un balazo en el vacío izquierdo y otro en el codillo. Me acerco para *forear* los perros. El animal quiso hacer un esfuerzo para levantarse, pero cayó. Su hocico pegado al suelo exhaló un suspiro que movió los tallos de hierba. ¡Qué animal tan hermoso! Casi siento remordimiento de haberlo matado, pero el caso es que estoy alegre, muy contento, orgulloso de mi hazaña... ¿Tendrá razón mi mujer? ¿Estaré «majareta»?



Menos mal que no se me ocurrió hacer ningún desplante llevado por la emoción del momento, porque al levantar la vista me encontré con Valderrama, que me dice: «He visto desde aquí toda la faena, has estado bueno. Así se matan. Vete en seguida a tu paso, que ahora es cuando nos vamos a divertir.»

De regreso a mi puesto advierto en la hierba huellas recientes (que antes no ví) de venado. Sin duda mientras fuí a cobrar el otro pasó por allí. Dos disparos a mi espalda en lo alto del cerro me confirman mi sospecha.

No van transcurridos diez minutos y a mi derecha, en lo hondo de la cañada, suena una ladra que viene subiendo.

Aparece un venado grande, con mucha *leña* en la cabeza, seguido de muchos perros. Su dirección es perpendicular a la carretera del que he matado; un perro sale a cortarle y por un momento concibo esperanzas de que me entre. No ocurre así, lo vuelve

hacia el cerro de las piedras. Después se dirige derecho a la silleta. Lo veo muy bien ya en lo alto del cerro a contraluz. Veo caer la res a plomo y después oigo el disparo. Pocos minutos después otra ladra que se oye volcado el cerro de las piedras. Instantes después dos disparos de rifle en el puesto de la silleta y voces de reñir a los perros. El hijo de don Julio Muñoz, ha matado dos.

De lo alto del cerro «Ensilado», otro venado que va delante de una piarilla de 4 hembras y un vareto. Le tira largo Valderrama y allí se quedó. Las reses salen como en un manchón de conejos, porque hasta algunas *gazapean*. Sale de todo. Valderrama termina cobrando dos venados y dos cochinos (un lechonato y una cochina grande), ha tirado un venado y un cochino más y ha visto una veintena de reses.

Cada cual por su lado, toma sus caballos de regreso para la casa donde van llegando y cada uno refiere su lance. Mora Figueroa ha matado dos cochinos y un venado. Matías García, un cochino grande y un venado. Hay algunos más a tres reses, muchos a dos, una legión a una. Hay matrimonio que ha tirado 10 reses, otro que ha tirado 40 tiros de bala y hasta a quien se le acabaron... y no mató.

A las ocho de la noche hay recogidas 42 reses, 22 cochinos y 20 venados. Hay cuatro novios: Anitín, Juanito Velasco López de Letona, Perico Guerrero y... un servidor. Renuncio a relatar las bromas (que deben de ser pesadas o no darlas).

Una espléndida merienda con que nos obsequia el dueño de la finca pone fin a esta memorable jornada venatoria. Puede estarlo y lo está muy justificadamente satisfecho Juanito G. Liñán del exitazo conseguido en su coto. En este año y otros de atrás, no se han matado en ningún coto de España tantas reses en un solo día como en el «Rincón Bajo».

Como mi tierra es la más rumbosa de España, nuestros compañeros guardas y perreros «escaparon bien».
¡¡Córdoba, tierra de promisión de monteros y cazadores, Dios te bendiga!!

Enero 1945.

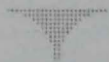
(Fotografías del autor.)



Hotel Regina

PRIMERA CLASE

Sub-Agencia Coches-Camas



Teléfonos 1926 y 1927

CORDOBA

Bar

Ariza

Vinos - Cervezas - Licores

Exquisitas tapas

Aromático café

Teléfono número 1028

Calle Málaga, núm. 8

CORDOBA



LA FERIA CORDOBESA

por ADOLFO CHERCOLES VICO
 Secretario del Excmo. Ayuntamiento de Córdoba



¡Qué pocas ferias nos van quedando!

Nacieron las ferias para facilitar el comercio obviando las dificultades e inconvenientes que al desarrollo económico de los pueblos oponían la carencia de medios de transportes y comunicación.

Las ferias, como todas las instituciones humanas, tuvieron alternativas de esplendor, decadencia y resurgimiento, gozaron de privilegios, franquicias y exenciones, como las que disfrutara la feria de Medina del Campo, la más famosa e importante, de cuantas en la antigüedad se celebraran en España.

El liberalismo y la democracia en lo político, y, el libre cambio en lo económico, trajeron vientos de fronda contra la tradición y los derechos seculares, y les hicieron perder franquicias y privilegios.

En la segunda mitad del siglo XIX, se inicia un período de resurgimiento. Las ferias, evolucionan y se transforman adaptándose a los nuevos tiempos y a los nuevos modos, para no perecer, modernizándose, y, utilizando en su beneficio, los adelantos de la técnica del transporte y de la comunicación; es decir, aprovechando precisamente, aquellos elementos que parecían destinados a ocasionar la ruina y desaparición de las ferias, por hacerlas innecesarias.

Este resurgir, se mantiene hasta la terminación de la guerra europea de 1914. A partir de este momento, se inicia una nueva transformación.

Las ferias, evolucionan de lo «económico» a lo «espectacular», del «negocio» al «festejo», y, al hacerlo, acaban por perder

su razón de ser, su esencia y contenido, viniendo a convertirse en días de holganza, regocijo y divertimento, forzado y forzoso, de alegría «oficial» y esto, hace languidecer aquellas ferias, a las que el entusiasmo popular no vivifica y fortalece.

¡Qué fué de aquellas famosas ferias andaluzas, Mairena, Jerez, Carmona—cantadas por los más excelsos poetas y descritas por los más esclarecidos literatos—punto de cita, donde concurrían la flor y nata de ganaderos y trantantes, gitanos, vaqueros, yegüerizos y mayores, y donde se admiraban los más bellos ejemplares del ganado, que se cria en las feraces campiñas andaluzas?

Ferias de negocio y conveniencia, de rumbo y alegría, al socaire de las cuales, surgía una Ciudad de ensueño y maravilla, compuesta de casetas para refrescar, tenderetes donde nutrir y circos y caballitos donde solazar, a aquel enjambre humano, que, rompiendo la monotonía del vivir pueblerino, era esperado, con ilusión y anhelo, por chicos y grandes.



La feria, instalada siempre en algún ejido o paraje apropiado, tenía su vida propia y su fisonomía característica. La algarabía y el estruendo eran normalmente su inseparable acompañamiento. En el trato y el negocio, la gente hacía gala de su ingenio y su gracejo: a veces, surgía el accidente doloroso; otras, la nota trágica del drama o la más tremenda de las contingencias que pueden acontecer en una feria de ganados y que tiene caracteres de catástrofe apocalíptica: ¡un espanto en el rodeo!

Entre las pocas ferias, que, por conservar su esencia y contenido, merecen el nombre de tales, está, por la gracia de Dios—y sea por muchos años—la feria de Córdoba. Por la época de su celebración, por la importancia agrícola y ganadera de la capital y por su magnífica situación, centro y nudo de comunicaciones, es, sin duda, la mejor en el tiempo y en el espacio.

Ella cierra el ciclo de las ferias primaverales andaluzas que se inician con la de Sevilla, y que, en el aspecto económico, o sea, desde el punto de vista del negocio ganadero, no son sino tanteos entre vendedores y compradores. Unos y otros hablan, discuten, observan y hacen cálculos, pero no cierran tratos. Van de una en otra—Sevilla, Carmona, Morón, Jerez, Ecija—y en todas se escuchan como final de los tratos no consumados, frases como éstas: «...esperaremos a Córdoba... en Córdoba nos veremos...», y en efecto: a Córdoba vienen todos, con la experiencia y el conocimiento de la situación de precios y ganados, adquiridos en las ferias recorridas, y aquí se realizan los tratos y se hacen los negocios iniciados y no consumados en las otras ferias, lográndose con ello dar realidad y esplendor a la gran feria cordobesa, la mejor de Andalucía, que es tanto como decir de España.

¡Gran feria, la feria cordobesa! Tiene solera, prestigio y abuelengo de feria grande, y Córdoba, tan rica en virtudes y sabiduría, tan cargada de historia y tradición, la mantiene con prestancia y señorío, con ponderación y serenidad, sin que le ciegue el volumen económico de los negocios que en su feria se realizan, ni le haga perder su ecuanimidad y su buen tono, el estruendo alegre y bullicioso de las diversiones feriales.

Córdoba, gran señora, jamás pierde su seriedad de noble ma-

trona y sabe divertirse con ponderación, con la alegría sana y digna de las almas nobles, repudiando la chabacanería, la estridencia y el mal gusto y ese falso casticismo de pandereta, que ofende y mancha el alma grande de Andalucía, tan llena de virtudes, de bellezas y de castos amores, que ha merecido siempre el preciado título y noble privilegio de ser llamada—con justeza y justicia—tierra de María Santísima.

¡Qué pocas ferias nos van quedando!



GRAN BAR RESTAURANTE

Esmerado servicio por cubiertos

Plaza J. A. Primo de Rivera, s/n - Teléfono 1036

CORDOBA

El llano, la sierra y el río

(Conjunto)

h

Aquí han culminado civilizaciones, y de aquí han arrancado el sereno señorío ambiental.

Podríamos encajar a Córdoba geográficamente, e incluso hacer un extensivo estudio de su suelo y riquezas, pero como esto está ya hecho, no nos consideramos obligados a insistir en detalles de tipo científico, que suponemos dentro del conocimiento de todos aquellos que pasaron por el filtro de la primera enseñanza. Pero relataremos una sencilla anécdota ocurrida hace quince años.

Un viejo moro, de ascendencia árabe, vino de Africa a España, porque no quería morir sin que sus ojos besaran los muros que conservaban las huellas del pasado esplendor de sus mayores. Su blanca chilaba atravesó el Estrecho en ruta de paz; su edad no era guerrera, y la época en que vino era distinta de la que incubó la traición de Tarifa. Sus canas barbas no recibieron de los cristianos más que el reverente respeto que a la edad se debe. Y no hubo saeteros ni infantes que opusieran sus armas al intento de pizar tierra de nazarenos; detrás de él dejó la ondulante alfombra del mar, y en su alma venía el nítido blancor de las crestas del Ketama, cubiertas de nieves milenarias.

Su destino era Córdoba, y a ella vino. Dentro de su ambiente sintió la suavidad de miriadas de años de saber, y se encontró acariciado por la esencia humana de un añejo ideal, en el que notó aromas raciales de una ruta de superación, que entre brisas espirituales anduvo hacia atrás.

Aunque por su edad y origen era contemplativo y estático, sintió aquí intereses y movió su cuerpo ávido por cubrir con sus plantas los pedazos de suelo que sostuvieran a aquellos...; vió, aspiró y retuvo, y siempre decía: «No sé, no sé...»

Hasta que un día, por la tarde, cuando el crepúsculo se viste de rojo, azul y violeta, a la orilla del río, desde el centro del puente secular, que es tan viejo como la Historia, con los ojos muy abiertos: llenos de cielo, de muros de la Mezquita, de campiña y ribera, supo.

Su alma sintió el encogimiento de la emoción, y de su más cordial hondura se escaparon unas lágrimas que vinieron a morir al mar de plata de sus barbas, dejando una huella en su epidermis tostada por los aires desérticos.

Su albura elegante se estremeció, sostenida por el pétreo esclavo romano que deja deslizar por entre sus ojos al Guadalquivir, y que en aquel momento reconocía la vieja estampa que estaba parada sobre él.

Hombre parco, decía su discurso sin palabras, desde la tribuna que sostuviera como pedestal, cuando iban al llano sobre el río, los pura sangre de Adherramán.

«Ahora me lo explico»—decía con voz apagada.

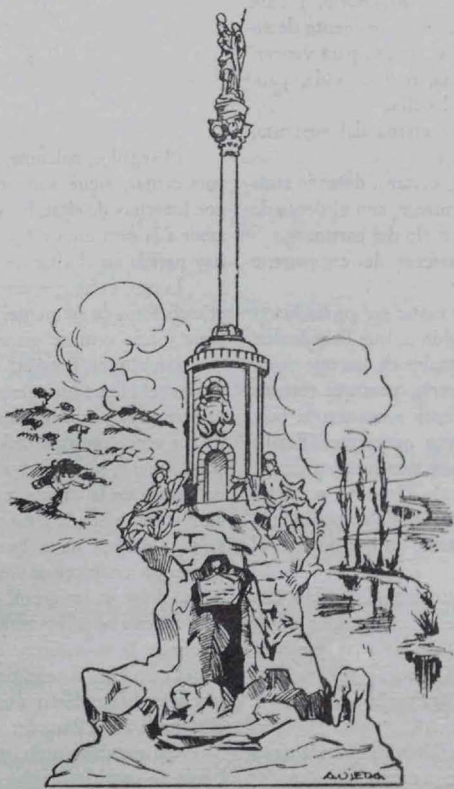
«Tenía que ser así. ¡Este río! ¡Esa sierra! ¡Ese llano!»

Sus palabras fueron un murmullo del alma, tan leves como el vuelo de un pájaro.

Con ellas reverenció a la tierra de sus mayores; a la tierra capaz de inquietar hasta el infinito, la señorial indiferencia de su señorial casta, a la tierra noble, cuyo aristocrático cielo baña las almas y las hace sentirse frescas, y con ardor para empresas grandes.

A la tierra en que aquellos nacieran, y en la que hemos nacido nosotros.

Córdoba es una noble madre, que enorgullece hasta a los más lejanos hijos de sus más antiguos hijos, y explica con la voz callada de su cielo, y los rumores de su sierra, su llano y su río, el porqué de su universalidad.



EL SEGADOR

(Pensamientos y trabajo, de un poeta primitivo de la campiña)

Con la hoz colgada al hombro: fusil brillante enfundado en hiscales, encima de la rudimentaria mochila: El soldado andador de la tierra, el que suma victorias doradas para arrancar el pan.

Frente al sol, su cara cetrina. Besada y castigada por el padre de la vida veedora de horizontes y amiga de la luz, plena de un ansia.

Iba en busca de un ejército que vencer, llenándose del polvo alegre y bravo de la campiña.

Su andar monótono y preciso, consciente y con meta, le llevó ante el trigo impaciente, rígido o humillado, desafiante y dulce, que ergía su cabeza emulando a los erectos árboles, o la acercaba a su madre con afán de besarla.

¡Pobre!—pensaba el tostado y andariego soldado, dispuesto a desfundar su brillante uña.

«Tu madre, eterna esposa de los hombres, te sostiene orgullosa, está satisfecha de su parto. Como tus múltiples padres; los que en poema rudo, la consiguen y fecundan.

Para obtenerte a tí: grano diminuto y dorado, fuente de vida... A tu madre la tierra... La acarician con fuego, la conciben con hierro y recogen el fruto de su amor con acero. Hasta contemplarte atenazado en triunfal abrazo.

Y es... que sin tí; los que te arrancamos del seno que luego besarás más tarde, cuando reclames tus derechos de hijo, no podríamos defendernos de los rayos de tu guardián, del que con su reflejo te da sangre dorada y con sus rayos el calor que nos trasladadas, porque nos prestas como pantalla y parapeto, los cuerpos enlazables del tallo en que te alzas».

El hombre rudo y poeta, máquina y espíritu; se inclina atento, con los ojos clavados en el más viejo laboratorio, fuente de vida, pródigo en presentes y esgrime el instrumento de su trabajo. Desplegado, entre otros que con él atacan para vencer, corta las finas cañas coronadas de harina, que es vida, pan, amor... para ganar frente a ellas la eterna batalla.

Y con los pies firmes, sobre la madre eterna del sustento, da el primer tajo rutilante... No al enemigo.

Ya no hay domingos. Tan solo cortar, cortar... dejando atrás los hermosos granos, prisioneros en las mieces, con el deseo de transformarse en otra rica miez, sobre el suelo del barrio.

Poder ser molido, por bronce cantores de campanario blanco.

Junto a la levadura dulce, morena y casta; ser amasado.

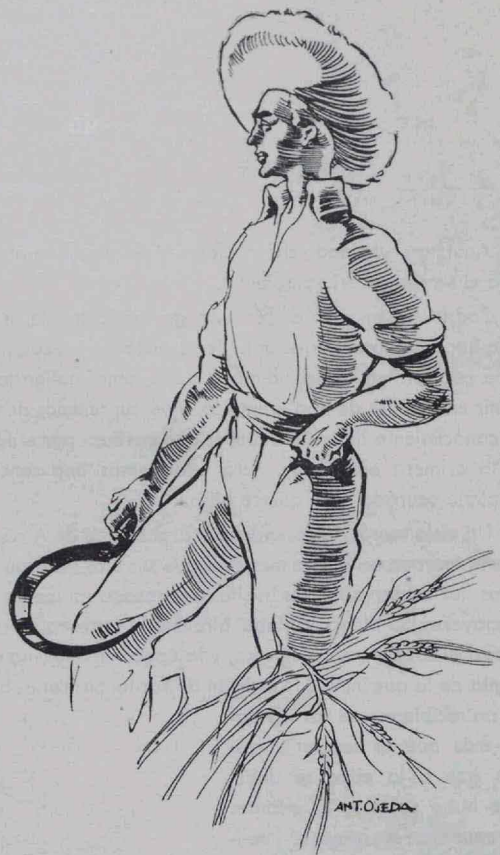
Y dar un nuevo trozo, moreno y glotón, que lllore fuerte.

Poderlo sumar a la caravana interminable de los que se inclinan bajo el puñetazo del sol, y educarle, para que con sus manos rudas, prolongación de las que ahora sostienen la hoz, pueda ganar la batalla diaria, bajo sus rayos quemantes. Batalla que le agrande diariamente y le arrije hasta sus semejantes.

Por eso... pensaba hacer un nido simple. Un nido, como los que las alondras hacen: limitado y fecundo. Desde él, poder emitir el cotidiano suspiro, y recoger el pañuelo en que enjugar el sudor diario.

Y allí; encima de la gleba, ansiaba situarse, el día feliz que cambiara el pañuelo de yerbas, abrazo de su cuello, por el de alba seda: caricia, mensajero de hermanas prendas a las que cupo la suerte de cubrir carne de hembra. De hembra soñada, que como su dueña: la tierra, le espera. Para agarrar la mano amiga, que el tienda con ambición fecunda.

La hoz sigue brillando en saltos intermitentes, subida en el caballo nervudo de su mano domada, que conoce el camino.



El segador, solemne, que no habla, ni a veces tiene tiempo para cantar, sigue soñando... Con camisetas blancas, iluminadas por lucecitas de altar, lucecitas sagradas, que prestan reflejos de amor a la cara inmóvil y querida, de la Virgencita pequeña que hay parada en el altar de su iglesia...

Luego, otras prendas que vienen a buscarlo, y que giran en el torbellino de su mente, se colocan alrededor de una cama, una mesa y una ventana grande.

Un alto en la tarea, luego de haber sostenido sobre las espaldas, el plomo luminoso e ingravido que desde el cielo quema, se incorpora por unos momentos, con la uña de acero colgando de sus cinco diestros dedos, deja correr los arroyos de su vida por la cara y saca un cigarro de su petaca de cuero, que enciende dentro de la cúpula más ampulosa y azul, capaz de cobijar almas. A la vista de Dios que le contempla desde el cielo, quema su vela sin luz; de la que arranca el sutil presente del humo, pensando en incensarios, en música de órgano y bullicio de boda, al pie de un árbol.

Porque aquella vez había un árbol, y debajo del, contempla arrobado, la magnificencia del cielo.

Los haces, al terminar la siega, tras duros trabajos y largas jornadas, le ayudarán a conseguir, lo que a la alondra dió Dios al ponerla en el Mundo:

Un reducido nido, y un torrente en el pecho, que se desborda en canto.



i Canto a Cordoba!

Letra de R. R. Medina.

Musica de Damaso Torres Garcia.

Obra
 Clar.
 Ten.
 Ba. Tptes.
 Trompas.
 Bateria a.d.
 p.
 pp. a.c.

Ciu-dad a pa-ti-ble de ambiente sereno y Cielo orien-tal
 Zú Mezquita jo yaincampa-ble q' artístas de Peria supieron la-brar
 hoy proclama al mundo ante-ro hoy presta al mundo ante-ro su glo-ria In-mor-tal glo-ria In-mor-
 tal glo-ria In-mor-tal

Alllegro.
pesante.
Despacio.
 Poco mas
 Jar-din de ac-tur-ria jar

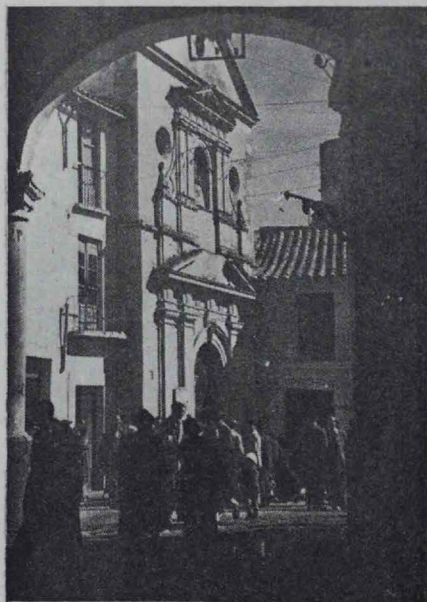
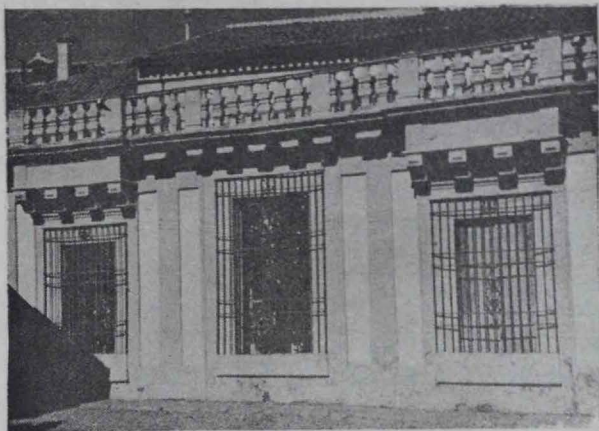
diu Caro-na-da de vi-na-res or-la-da por o-lí-va-res q'atunje el Be-tis sa-bu-ra ri-en-
 sus Bellezas Onen-ta-tes sus Bellezas Onen-ta-tes Ga-pa de un Imperio mo-ro ga-pa de un Imperio j'herman las na-ja-
 ja-tes del sol al re-fo-jo del sol al re-fo-jo con ragoi de oro *Allegro*

¡Suf-la-na! ¡Suf-la-na mi tierra que ri-da es-
 cu-ba de mi can-cien el su ave ri mor q'atun-je en vi-a mia-
 mor. ¡Suf-la-na! Suf-la-na mi tierra que ri-da es-
 cu-ba de mi can-cien el su ave ri mor q'atun-je en vi-
 a mia-mar mia-mar *allargando*



El carácter y la seriedad plástica cordobesa contra el barroco decadente

por JUAN BERNIER



Ya en más de un artículo publicado en «El Español», de Madrid, esbocé unas premisas sobre la armonía entre la tradición cultural de Córdoba, su idiosincracia anímica y el hecho palpable de su materialización artística a través de los siglos. Lo hice impulsado entonces, más que por otra cosa, por la creciente ingerencia de un exotismo sevillano sobre el rostro limpio y escueto de nuestras calles. No habrá en ello menosprecio del renacimiento estético de la ciudad de la Giralda a partir de la hinchazón arquitectónica de la Exposición americanista. Exclusivamente una delimitación de fisonomías para evitar una intromisión demasiado palpable de barroquismo exuberante, del retorcimiento y del exceso decorativo característico de la ciudad vecina. Contra la inundación cromática del azulejo, el hierro

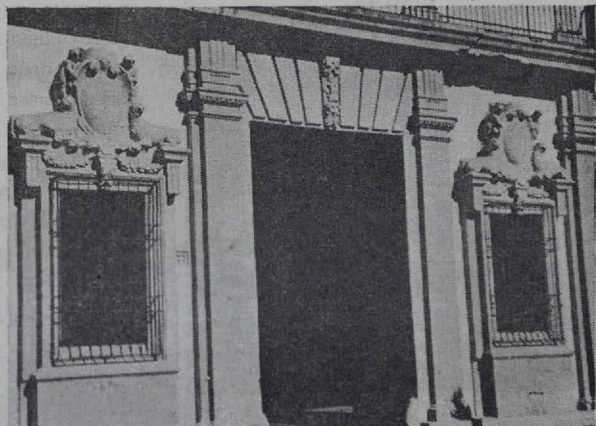
forjado en demasía y los laberintos de curvas. Todo a partir de una visión estética de Córdoba, perdurable, en el tiempo, desde la línea recta, viril de Séneca, la simplicidad califal y el mármol gongorino, blanco y puro a través de su culturanismo hipersaturado. Porque aunque el tópico se preste a cualquier ironía, casi siempre tiene una raíz verdadera; y de este de una Córdoba discreta, senquista, equilibrada, se pueden hacer imágenes audaces que van desde la blancura de sus portales mudéjares enjalbegados, hasta un estilo especial en el tereo y en el cante jondo, con la misma razón con que Spengler relaciona la polifonía, el cálculo infinitesimal y los paisajes de Ruysdael. Ciertamente algunos tópicos como el orientalista, tan en boca en nuestros escritores locales del XIX no tenían más razón de ser que la de su ignorancia. Pero en el otro, más o menos senquista, empleada sin ton ni son por los más graciosos críticos taurinos, por recitado es y hasta por gacetilleros del balompié, hay un tallo vivo de dirección anímica, manifestada no solo en el alma de sus habitantes, sino en el rostro sugerido de la ciudad. Por ello parto—y el que no esté conforme que lo discuta—de la realidad profunda de una dirección estética cordobesa, clara para el que con una cierta profundidad investigue sobre su espíritu y su fisonomía.

Baroja la llamó «discreción» en el cuadro de género que dibujó sobre el lienzo diecinuevesco de nuestra ciudad. Yo recojo la palabra sin ulterior análisis, porque me parece que con ella sólo, dispongo de un arma arrojada bastante aguda para combatir a los que en cualquier sentido falsean con equivocaciones lamentables la medida, el equilibrio, la serenidad, en suma y otra vez, la dirección plástica de Córdoba.

Ya sé que un punto previo para una discusión de este género habría que empezarla con un análisis general sobre las direcciones del barroco. No es posible esto en un artículo pero para una mirada que no tiene que ser de línea, una mirada por las calles cordobesas sobre lo antiguo y lo nuevo, ha de aparecer claro un dato cronológico que es el que plantea el problema objeto de este artículo. No es otro sino el de que el barroco que transformó a Córdoba, el que la ha dibujado y forjado su sello no pasa del XVII. Arte de líneas escueltas donde late el freno esencial de ponderación de líneas, armónicas de masas, seriedad en suma; acorde por lo tanto y por ello tan profuso con el sentido último del tópico cordobés. Claro es que esta afirmación de que nuestro barroco no pase del XVII en desde el punto de vista estilístico y no desde el cronológico. Muchos edificios que por su época podrían tener el sello de coquetería del curvilíneo y femenino «esprit» borbónico ya se plantan en nuestras calles con una contención y una

medida de líneas discordante. El paso máximo hacia el churriguerismo en boga lo dan, y desde luego con una discreción clarísima, las fachadas de San Pablo y la Merced. Pero es solo un toque, como un botón de muestra que nos sitúa en la época, porque el conjunto y sobre todo los interiores—vean el de la Merced—son de una finura completamente lejana a la vorágine de hojarasca, como decía Arellano y al afeminamiento arquitectónico. De esa nobleza constructiva en la que las transiciones temporales apenas se notan dominadas por una idea única sobre la sobriedad y virilidad estéticas, Córdoba presenta rincones extraordinarios. La plaza del Hospital enmarcada por el palacio Salazar y San Pedro Alcántara, la de los Dolores con una nota franciscana y un exacto tópico de fotografía mística de Córdoba. Y además de los edificios antes citados, como estudio de ponderación y de belleza la antigua casa de la Hidroeléctrica del Genil con un escorzo enteramente euclidiano, paralelo a la parte posterior del palacio de Lastra y Hoces.

Ante tales ejemplos de continuidad en el carácter constructivo, todos ellos de acuerdo con el espíritu de Córdoba, tenemos que preguntarnos por qué ahora se introducen cuñas de un absurdo barroco confiteril, sin pies ni cabeza, que no brilla sino por su decadentismo y no hace otra cosa que desvirtuar el tópico, esta vez exacto, de la parquedad y la sencillez, de que es un ejemplo patente el viejo rostro barroco, tan sereno y tan bello de nuestra ciudad.



BAR MADRID

CAFE BAR RESTAURANTE

Gran Capitán, núm. 15 - Teléfono 2696

C O R D O B A

Hostería Bar Restaurante

Especialidad Café Expres

Sevilla, número 2 - Teléfono número 1410

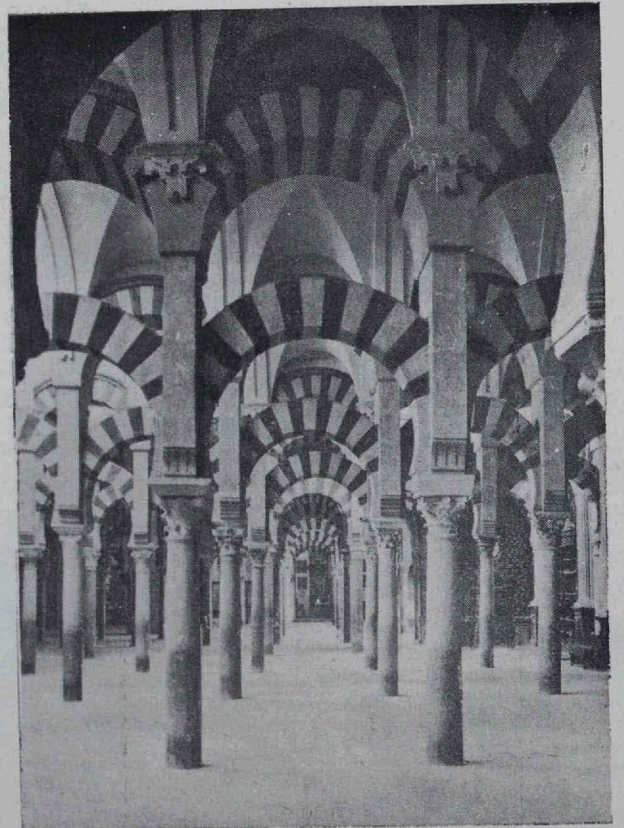
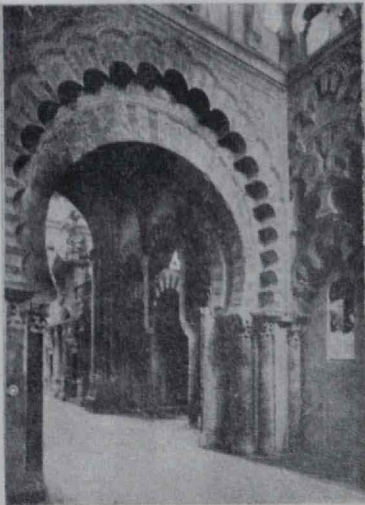
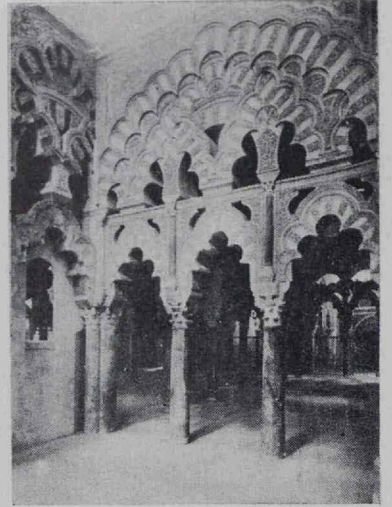
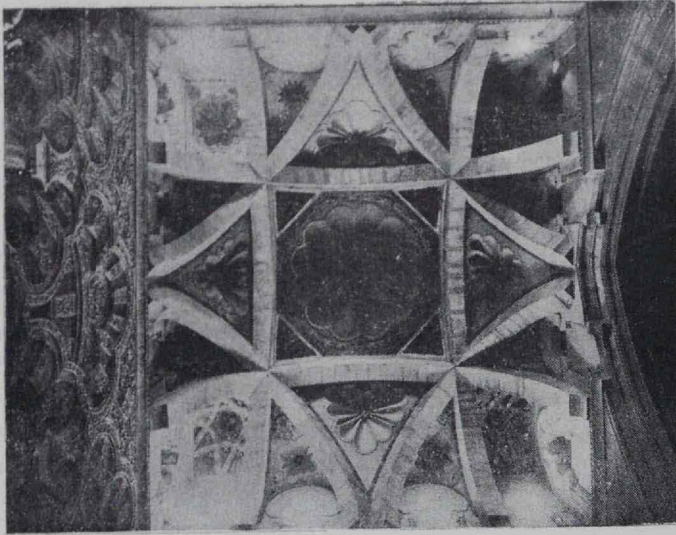
Córdoba



El traje en Córdoba
a través de los tiempos

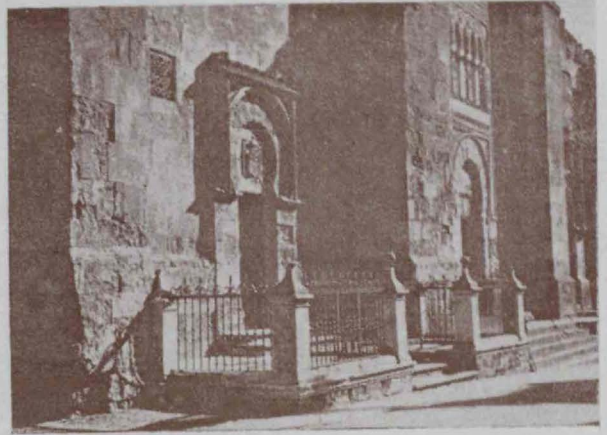


*Cuatro detalles arquitectónicos
de la Mezquita*



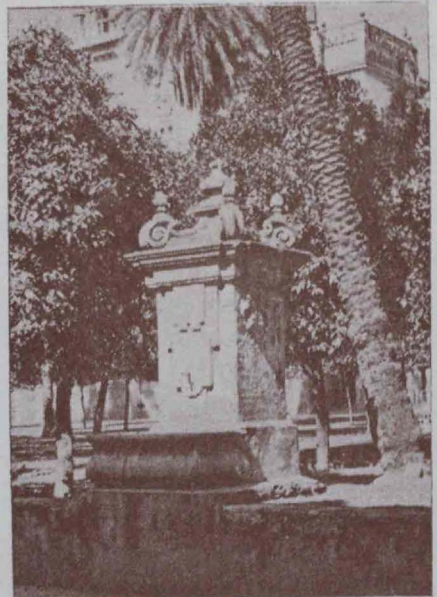
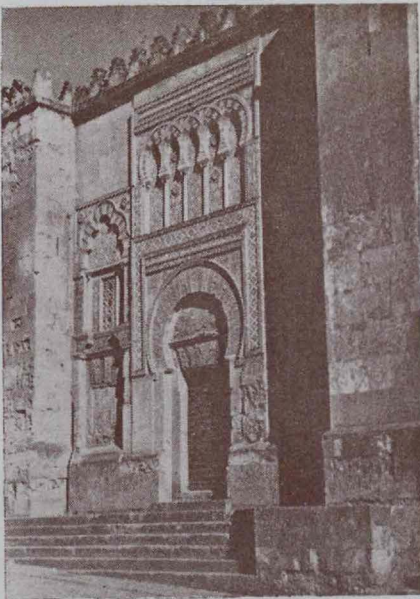


Cuatro exteriores de la Mezquita Aljama



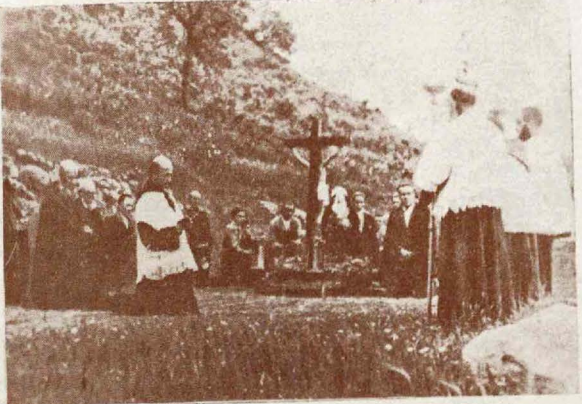
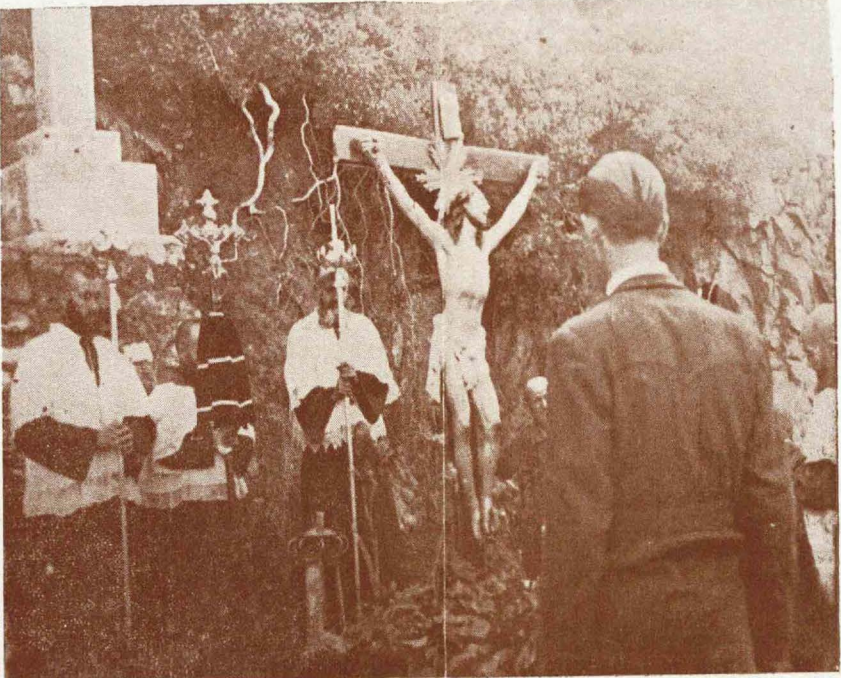
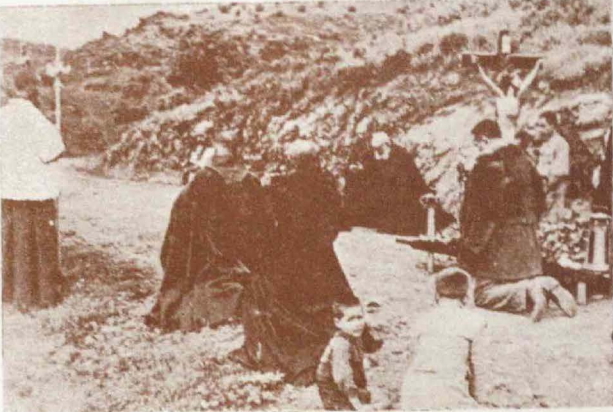
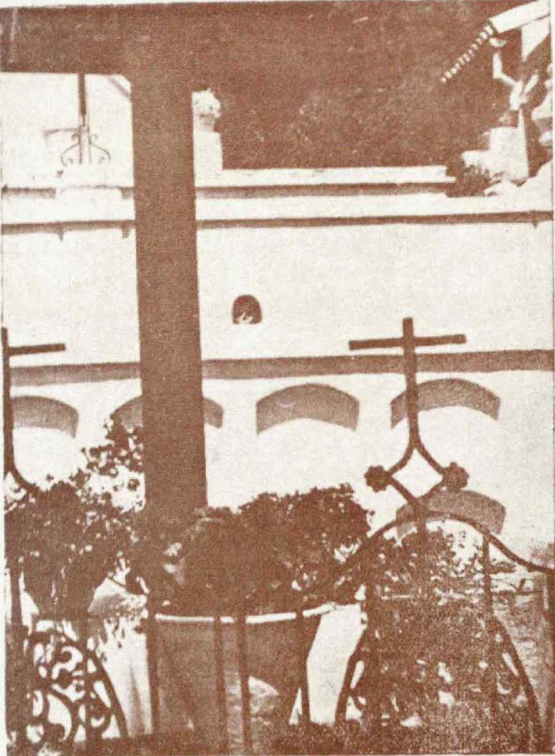
S

S



Semana Santa en Sierra Morena

(Ermitas de Córdoba)



2

¡Y Córdoba volvió a ser mora...!

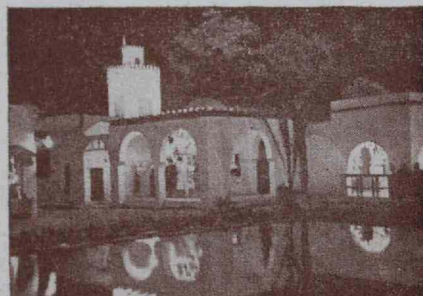
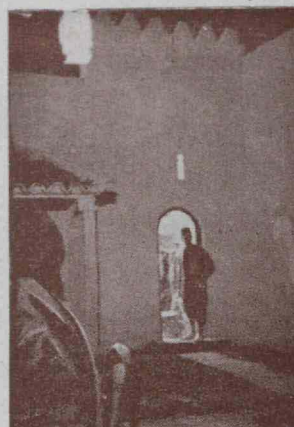
Las huestes de San Fernando reconquistaron para Cristo la vieja ciudad califal, pero en su afán por quedarse en la tierra prócer que ellos convirtieron en sede del califato, los musulmanes nos dejaron lo más suyo: su alma; las conquistas de su espíritu. Y con ellas la tradición de unas artes que aun hoy, identifican a Córdoba entre las poblaciones del mundo.

Orfebrería, filigrana de plata aún cultivada en nuestra ciudad!

Cuero trabajado, verdadera filigrana en la piel de un animal típicamente cordobés...!

Los árabes nos lo enseñaron, y los cordobeses lo superaron.

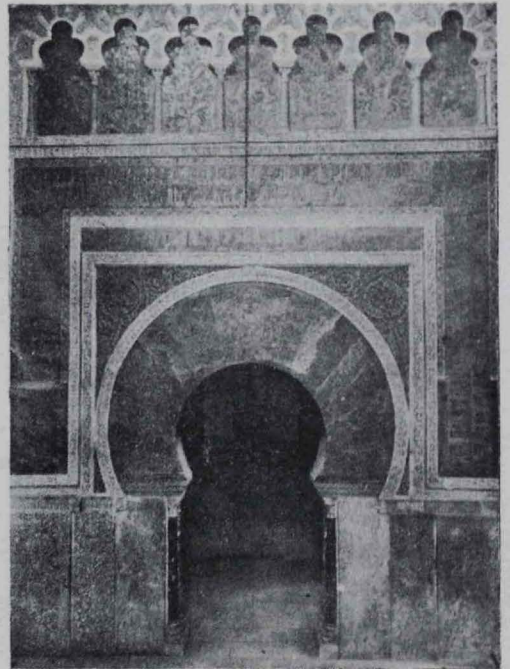
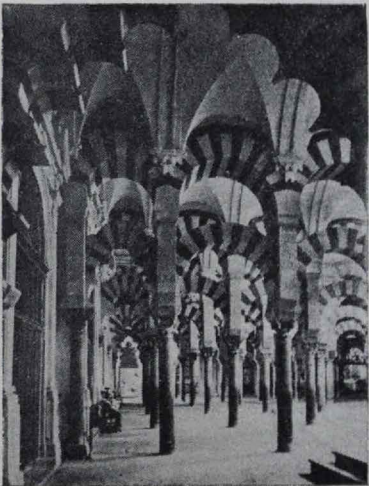
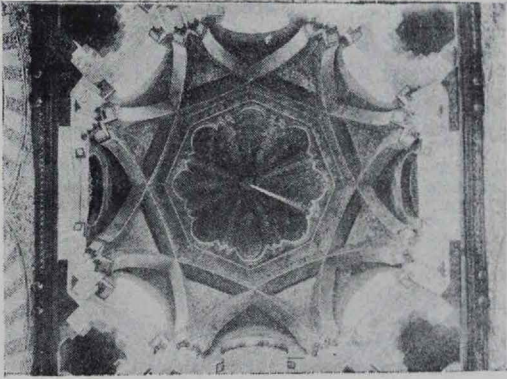
Pero un día, Córdoba agradecida, quiso que otra vez los maestros regresaran (¡siquiera por unos días) a la tierra de sus mayores, y en un pueblo de vida efímera, creado para ellos, se dieron cita los babucheros de Tetuán, los plateros de Xauen, los primitivos guadamecileros de todo Marruecos, que en la Exposición de Arte Marroquí celebrada en 1946, lograron que Córdoba se volviese mora otra vez...





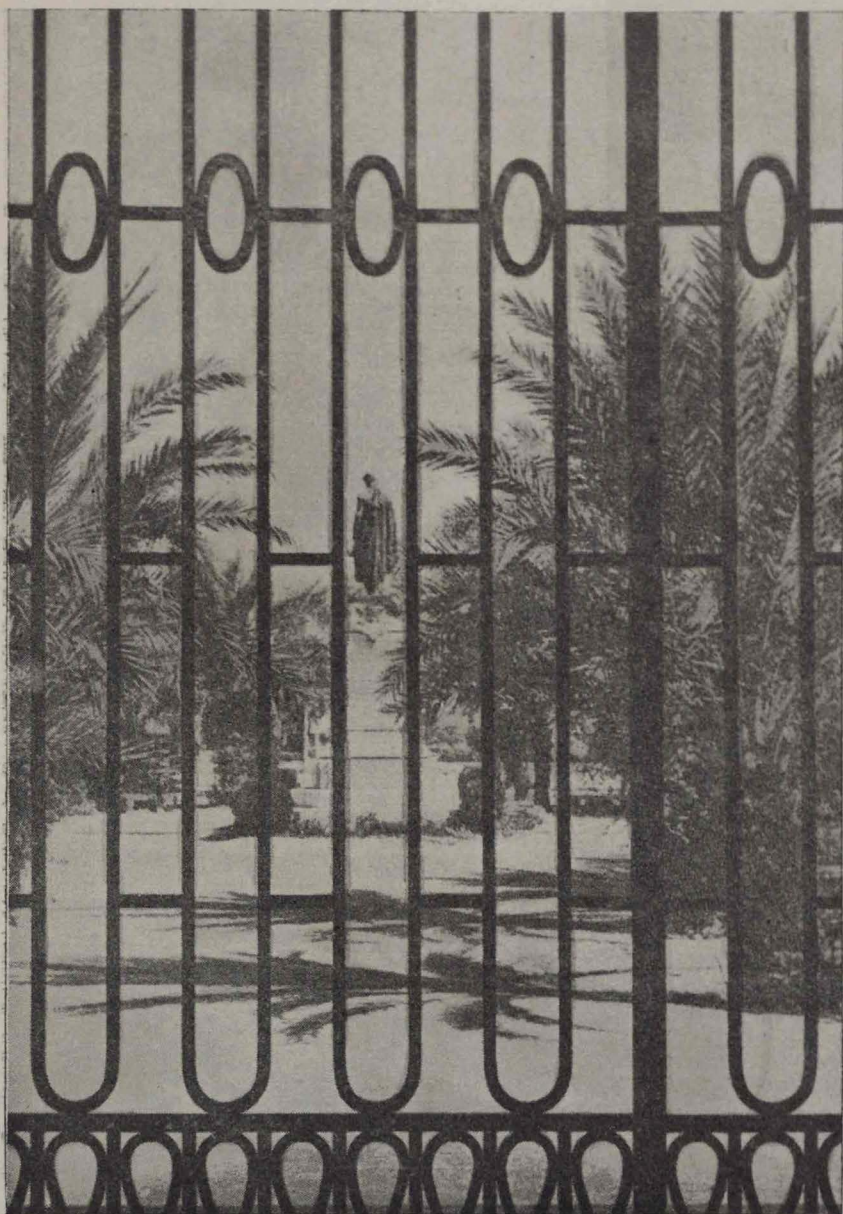
El Mihrab

(Interiores de la Mezquita en los que más puro se encuentra el espíritu árabe).





ANTOJEDA



La silueta romántica del Duque de Rivas, entre flores, desde un pedestal que no le da inmortalidad, pero que le acerca al cielo, contempla la eterna ciudad que le vio nacer.

El bronce de su figura, tiene como dosel, penachos de palmeras.

Sus personajes literarios hacen guardia a su alrededor, y el vivo ritmo de sus versos, que son eternos guiones de una época literaria que en él encarna, flotan entre rosales y naranjos, detrás de las clásicas líneas que le sirven de marco, y hacen de su monumento popular un íntimo jardín más, de esta Córdoba que es muros y patios, piedras con historia y promesa de flores esenciales.





SONETO

Quiero hacerte un soneto dulcemente
Dejando que mi pluma te bendiga
Y el lenguaje del alma por tí diga
Lo que no sabe articular mi frente.

Yo soy como el ciprés; tú eres la fuente
Siempre igual, siempre fiel y siempre amiga,
Tú eres el sol de Mayo, yo la espiga
Que se hace pan cuando tus besos siente.

Quiero cantarte la verdad sencilla,
La verdad de la pálida, amarilla
Tersa piel de tu frente tan sufrida;
Quiero darte la pauta del secreto
De conseguir cantarte en un soneto
En el que puse para tí mi vida.

Enrique Riboo.



SOLEÁ

(Cantar popular cordobés)

Hice candela en un cerro
y el viento se la llevó.
Donde candelita hubo
siempre rescoldo «queó».

Yo le pregunté al romero
con qué agua lo regaban
que tiene el olor tan «güeno».

Córdoba en llanto

por Miguel Salcedo Hierro

Ha muerto Manolete. Córdoba entera
se estremece en sollozos desgarradores
como si, con su llanto, vida pudiera
dar al mayor de todos los lidiadores.

Flota entre los misterios del vago ambiente
el dolor de las plazas más solitarias.
¡Rezán los surtidores de cada fuente!
¡Y hacen rosarios, al eco de sus plegarias,

los nardos que, al recuerdo, quiebran de aromas,
engarzados con hilcs de luna llena,
cuando sobre el coloso vuelan palomas
que ayer eran de triunfo y hoy son de pena!

¡Que las guitarras vibren con sus bordones!
¡Que arranquen sus lamentos desde su entraña!
¡Que se vistan de luto los corazones,
que ha muerto el más valiente galán de España!

¡Aún redobla, en campanas de muerte y gloria,
el duelo de su barrio, Santa Marina,
y ya teje la estrella de su memoria
una mortal leyenda que lo ilumina!

¡Mujeres cordobesas de labios rojos
que recogen divinas lágrimas hondas:
uniendo las pestañas de vuestros ojos
tejedle una mantilla de negras blondas!

¡Llevala a su morada! ¡Que nadie pueda
disipar el perfume de que está ungida,
y prendedla, con mano de plata y seda,
dulcemente, en las blancas manos sin vida!

¡Llorad! ¡Las multitudes de los tendidos
no verán su figura ni su denuedo!
¡Y sentirán su ausencia los desvalidos
a la vez que el anillo de cada ruedo!

¡Llorad por el torero que os exaltaba!
¡Ha muerto cuando todo le sonreía!
¡Y, con él, ha perdido la fiesta brava
aquel héroe que, siempre, la enaltecía!

¡Córdoba! ¡La amargura tu rostro enjuto
baña, cuando los rezos dejan temblores
en tus maravillosos ojos de luto
que hoy no quieren, dolientes, ni ver las flores!

¡Córdoba: te estremeces de miedo y frío
por culpa de las finas astas de un toro!
¡Y tu pena, ya eterna, la llora el río,
lo mismo que, al mirarte, yo también lloro!





La Plaza del Potro



En una vieja plaza, entre el antiguo Mesón y el Hospital de la Caridad, se levantó la Fuente del Potro. La tradición nos cuenta una romántica historia de su origen.

Un mesonero feo y corcovado, con todas las señales del mal en su rostro, y una doncella hermosa y delicada, que pasa por su sobrina, con todas las conjunciones ideales en su persona. Un capitán gallardo y joven con su caballo brioso y bello, como una estampa ideal. La noche, el maletín pesado, y la coincidencia a la puerta de la posada, de la doncella y el bizarro galán.

El mesonero...

Ella, al compás de una guitarra, mientras el doncel aguerrido repone sus fuerzas, le avisa en una canción que no duerma, le recomienda que vele con el acero desnudo; en la guardia le va la vida, su compañera debe ser la espada.

Y en la noche, el galán obedece, y la cama queda vacía, la vigilia es larga, pero su mano es férrea y el afán de vivir intenso. El puñal asesino se clava en los colchones, el capitán huye, y una blanca mano le guía hasta su caballo; su alma queda encerrada en unos ojos ansiosos llenos de amor y misterio.

Su caballo galopa, y con sus cascos consumió leguas y leguas, hasta Sevilla. Al Rey D. Pedro I da cuenta de haber cumplido su misión y luego le refiere los hechos acaecidos en el parador.

D. Pedro viene a hacer justicia, y rígido y solemne afrenta al corregidor. En su compañía se persona en la posada y con sus propias manos arroja al arroyo al contrahecho posadero, que confiesa haber hecho treinta muertes para hacer oro. Dice que lo quiere para la doncella que retiene con él, cuyo padre figura como primero en su lista de víctimas.

Dos potros, llegan por orden del Rey. El asesino es atado por las muñecas a los hierros de una ventana, a sus piernas con cuerdas son enganchados los dos potros, que azotados en las grupas arrancan y descuartizan al asesino.

D. Pedro ha hecho justicia, y en los documentos guardados por el reo aparece la noble estirpe de la doncella, que contrae matrimonio con el capitán.

Dicen que para perpetuar esto se erigió la fuente. La plaza del Potro, es una de las más bellas y típicas de Córdoba, rebosante de Historia, los caños de su fuente son apesados por cañas que sirven de improvisado acueducto hasta los cántaros de barro de estirpe mora, que apoyan en el cuadril, las mujeres de inmensos ojos de esta tierra, cuando no van a sumar su líquido arco a la rizada superficie del pilón que refresca los bellos sedosos de las bestias, que duermen en la vieja posada, o los de las trashumantes que llevan y traen al Mercado de la Plaza Mayor, los frutos y verduras de las huertas que lindan con el río.

EL CARRETERO

Andaba delante de los bueyes, con la cara seria y la vara al hombro; andaba pausado y solemne, como un sacerdote de la gleba, y en sus largas caminatas: en las que iba por senderos y caminos, presidiendo la comitiva cansina y crujiente de los bueyes, llevaba sobre él un palio abombado que le prestaba el cielo.

Y en su cara, modelada en tierra morena y rugosa, estaba la meditativa serenidad del que anduviera errante por la vida en pos de graneros y almiares, que le relevaban circunstancialmente de su deber de caminante eterno. Errante y director, vida y sueño de la carreta: cantora de trabajos serenos y fuertes, que cuando se paraba, con las manos, amenazando al cielo, tenía la serenidad de un puente, que sostuvieran pilares de carne.

Llevas muchos años andando, le habían dicho las grullas, con una masa borrosa, de la que inútilmente buscara el vértice. Era música de agua la que corría en el cielo, música de agua a la que el carretero, nudoso como un olivo, dió el tributo de dos lágrimas, que planieron toda una vida de caminatas y deseos.

Y la noche, que arrojaba el campo con su capa negra, apollada de estrellas, le habló muy quedamente: Eres viejo.

Los bueyes le miraban con tristeza los últimos días que él estuvo con ellos; quizás preveían la separación al comprobar que los cordeles se paraban blandos en las cepas de sus cuernos.

Un día, en la ermita de su barrio, situado en las afueras de una ciudad callada y triste, una campana pequeñita, como una paloma de bronce, emitió ayes metálicos... que fueron llanto vocinglero, por la muerte de aquel hombre que hollara caminos con la vara al hombro, delante de las dos moles, brillantes y vitales, que arrastraban una carreta cantora y solemne.

Aquellos obreros, diariamente sudorosos, se habían parado ante la casa blanca, estaban lavados y pulcros, enfundados en aquellos trajes, que durmieran largos sueños en los fondos de los baules y que siempre despertaban al conjuro de las palabras: entierro y boda.

En una caja blanca, sin pintura ni telas, iba rígido el hombre. Puntales de carne le sustentaban en el aire, y en los pies de sus amigos, los fertilizadores del suelo, dió su último paseo por encima de la madre, que da de comer a todos y a ninguno desprecia en la hora última.

La tierra estaba herida y los cipreses miraban atentos como sangraba un polvo rojo, que las palas iban poniendo junto a los bordes, aun frescos, de la herida que cicatrizaría en breve.

El y la tierra habían pensado mucho en aquel momento; madre e hijo se iban a encontrar en un instante de identificación eterna.

La tierra sentía no poder abrazarle sin obstáculos... ¡¡¡Aque-lla caja blanca...!!! porque era suyo, tan suyo como las flores y los árboles.

Las palas hicieron su labor y unas piedras chocaron en las tablas no barnizadas, sobre las que estaba lloviendo tierra.

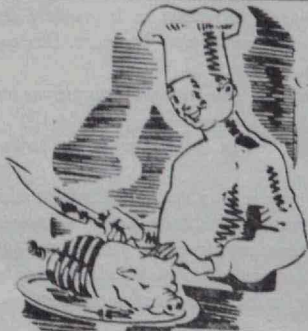
El ruido de aquellas piedras lo oyeron todos los cipreses, que lo guardaron arriba en sus puntas suaves, receptoras de llantos, para soltarlo cuando trajeran a enterrar a otro hombre modelado en tierra oscura.

Y aquellos pararrayos de llores le pidieron a su amigo el aire, que les ayudara por un momento en su labor de reverenciar al nuevo huésped, aquel compañero al que habían sembrado horizontal.

En el tinahón del cortijo, los dos bueyes, antiguos seguidores del hombre que fué, rumiaban las molidas habas, mientras en el patio sin tapias ni macetas, que es la era, una carreta sola hacía guardia.

Rígida, solemne, con las lanzas de sus varas apuntando al cielo.

Al cielo, limpio de nubes.



Bar Restaurante

IMPERIO

Calle de la Plata - Teléfonos 2190 y 2452 - CORDOBA



C U A R E S M A

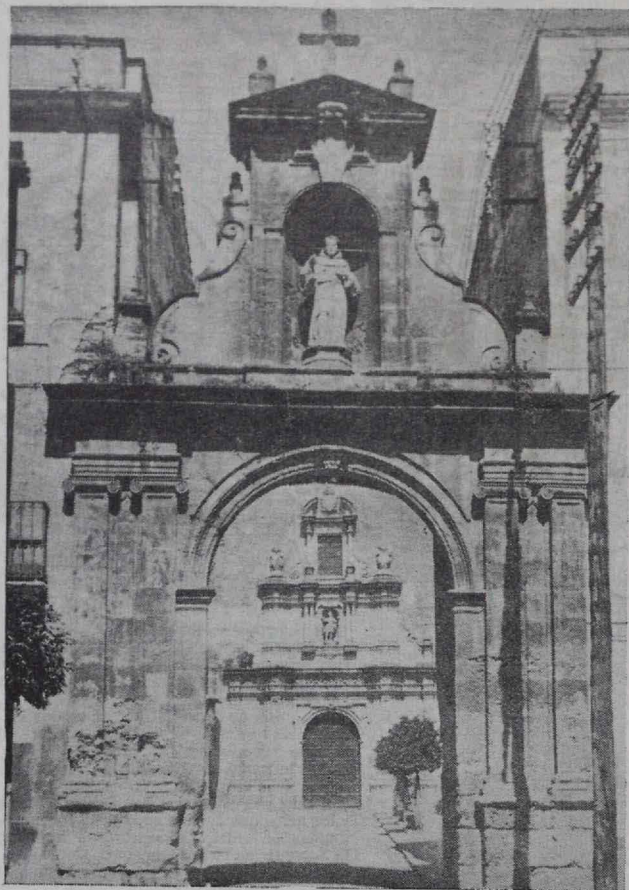
Ya hay rosas en los patios
 y el arrayán asoma en la cuesta encalada de los Dolores.
 Hoy he visto las cigüeñas en sus antiguos nidos
 volar sobre el humilde campanario de monjas
 limpio de fina lluvia:
 Santa María de Gracia alzaba su espadaña
 como una flor silvestre tímida de su olor
 hacia el trono enlutado de la tarde.
 En las húmedas sacristías de los frailes
 hay un lego que ordena las casullas
 y el cáliz y la estola que han de servir mañana
 y los niños que ayudan en la misa comen recortes blancos de las hostias
 y todas las tardes, a estas horas, a las cinco,
 la Salve suena en las campanas
 como una copa llena de amargura hasta los bordes
 y sin embargo rebotante tan solo de dulzuras,
 como una paloma de ecos que volara sobre los miradores y el río
 desde los Trinitarios al Espíritu Santo
 donde sorprende con su vuelo al señor rector
 cuando camina hacia la parroquia para el rosario
 apoyándose gravemente en su paraguas grana.

Como un alba suave por las vegas de mieses,
 como una armonía dulce floreciendo en la avena de los prados
 descende Primavera
 y sus alas inmensas ocultan la granada rojiza de la luna
 y hay almas que suspiran sin cruzar el dintel,
 Señor, de vuestra Cámara,
 donde solo los óleos arden como un arcángel
 alumbrando las cárdenas colgaduras sombrías
 y los blancos cendales que velan vuestro rostro.
 Suspiran porque es triste envolver en la niebla lo pasado
 y olvidar en el sueño todo lo ya vivido,
 todo lo que se ha amado solo sombra y ceniza
 y es difícil de nuevo levantar las columnas.
 Y cuando esas almas nuestras se alejan de tu umbral
 aun perdonas
 y sientes otra vez el frío del Pretorio hacia la madrugada
 y otra vez canta el gallo ¡Señor, no te conozco!
 y tu mirada es como miel dulcísima vertida en vaso roto
 y Tú aun perdonas
 y otra vez cae la cruz sobre tu hombro desollado
 y las mujeres lloran, quedo, bajo los arcos
 y tus llagas disfrutan las estériles piedras de aquel monte
 y el mármol que se rompe como el velo del Templo
 proclaman que tu Muerte es la única Vida.

Hay rosas en los patios
 y el arrayán asoma en la cuesta encalada de los Dolores
 y por la calle Cidros pasa el hombre que vende hierbas medicinales.
 En su canasto lleva la salvia y la ajedrea,
 el oloroso espliego y el eleboro azul que ahuyenta la locura.
 Se oyen lejos trompetas y tambores que ensayan para los Días Santos.
 En el silencio vibra la tarde de campanas.
 Ahora estarán cantando carmelitas descalzos bajo dormidas bóvedas.
 Sobre las frias losas se humillarán las almas que hacen el Via-Crucis
 y bajo la dorada Paloma de los púlpitos una voz gritará:
 Aún es tiempo. Antes de que se diga:
 «Echad la hoz porque la mies está ya madura.
 Venid, descendid; porque el lagar está lleno».
 Fray Juan pondrá camelias de raso violeta junto a Cristo Difunto
 y cuando en la clausura cerrada de los huertos
 se levante el morado latido de los lirios,
 tras de la triple reja de los coros humildes,
 ocultos los altares, sin luz el tenebrario,
 llorará Jeremías su lamento nocturno,
 desnudo, desgarrado como un ciprés que alza su grito en la tormenta.

Pablo García Baena.

San Fernando y Córdoba



Corría el año de gracia de 1236; ya no era Córdoba la sede del califato que hacía varios años habíase desmoronado y convertido en recuerdo para los musulmanes de El Andalus...

La fastuosa corte de Abderramán el grande, casi pertenecía ya a la leyenda.

Córdoba, cansada de su propia grandeza, quería humillarse y anonadarse otra vez en la religión del sacrificio y la humildad. Eran ya muchos los cristianos en la vieja ciudad califal, cuando un día amanecieron los bordes de la Sierra coronados de guerreros que por Cristo y por Castilla resbalaron Sierra abajo a la conquista de nuestra ciudad.

El capitán que los manda es su propio Rey, que desde un empinado picacho de la vecina sierra organiza sus tropas y vierte lágrimas de emoción ante la belleza de la ciudad, que como una sultana dormida, yace a sus pies.

El corazón del Santo Rey Fernando se estremece, y piensa que esta sultana de ayer puede muy bien convertirse hoy en una Magdalena penitente.

La decisión está tomada. No puede perderse tiempo en la conquista del alma de la ciudad. La mano firme del Rey, con un solo

golpe, clava en la roca viva el asta de la bandera que empuña (aún hoy los cordobeses admiran el hueco que en la peña dicen que marcó el golpe de San Fernando), y raudo se coloca a la cabeza de sus tropas para ocupar Córdoba.

Pronto se nota la huella del Santo en Córdoba. Sobre la vieja prisión, donde hace siglos padecieron tormento muchos cristianos, se levanta una basílica, dedicada al apóstol de las gentes, en la que todavía se dan la mano el arte cristiano y el musulmán

Y en el corazón de Córdoba, donde moran los orfebres y los guadamecileros que han paseado por el mundo entero el nombre de la ciudad, otra Iglesia majestuosa y solemne—la de San Francisco y San Eulogio—se levanta como dando a entender, que si quedan en Córdoba muchos rasgos y características musulmanas, el corazón es ya—y para siempre—del Dios de los ejércitos y del amor, que por Amor se inmoló, allá en un rincón del mundo, que también pertenece al Oriente; a aquel Oriente de donde procedían los que en lo material tanta grandeza dieron a Córdoba, que vino a ser la Meca de Occidente.

Todo el resurgir de Córdoba, debido a San Fernando. Y en muy poco tiempo, porque ya este impaciente—jeste santo impaciente!—soñaba con aduenarse también del alma de Sevilla, que ríe abajo esperaba la llegada de su libertador.



REMANSO DE ALMAS

por FELIPE ANTONIO



En todas, o casi todas las casas cordobesas, hay un patio con flores, hasta en las más modestas. Es una reminiscencia árabe, que se presenta con diversas facetas, pero que tiene el común denominador de la intimidad y la calma.

Los claveles, el jazmín y la gitanilla son sus flores predominantes; sus árboles son naranjos y palmeras, entre los que a veces se presentan granados, nísperos o higueras que vienen a sumar el presente de su fruto al dorado tono de las limas y el naranjo que son los casi obligados elementos decorativos, antes prácticos, de los cercados huertos de los moros, punto de partida y origen de nuestros patios.

A veces, tras la cancela, se adivina un patio, callado y en calma, a él se asoma el curioso caminante y se sorprende de la nota especial de este patio andaluz, que no se parece a los que viera en otras provincias hermanas.

Tienen algo de claustro místico y algo de misteriosa antesala de harén, su silencio y sus tonos graves, no pueden ser alterados más que por el murmullo del agua o el pisar leve de unos piés de mujer. El verde, sesteaa o se bruñe en la tarde con la marcha del sol.

Aromas de romero y de jazmín bajo el cielo azul que invitan a pensar, durante el día, y rincones con sombra. Arcadas de estirpe agarena, y sombras duras, desiertos floridos para uno o unos, donde se mira arriba y se piensa en Dios.

Al obscurecer, la dama de noche, llama a voces, con su penetrante aroma a las paradas estrellas, y recoge el destello de su guiño que con frecuencia es interferido, por un blanco planeante de lechuzas que invitan a callar. Y si de la campiña, en verano, emigró una chícharra desde las eras, se siente avergonzada y chirría sin continuidad. En su intermitencia hay añoranzas de campo abierto, de libertad y ruido que son elementos extraños, entre las paredes altas que enmarcan el patio cordobés.

La trama de sus piedras, que orfebres sentados en el suelo incrustaran sobre la tierra fértil, tejen recuerdos árabes y romanos en encajes de filigrana, cuyos materiales salieron del lecho del río.



Sus paredes blancas, se levantan en tierra, donde romero y tomillo nacen con espontaneidad, y a veces a sus pies, la chumbera y las uñas de león nos cuentan que hijos del sol y del desierto forjaron los primeros perfiles, y que algunos cimientos lo fueron antes de babuchas y chilabas.

Hay unas flores oscuras y rasgadas, que son a la vez flor y fruto, capaces de inspirar poemas y prodigar amor; son flores rodeadas de pistilos de seda, que llevan en la cara las mujeres de la tierra, y que van perdiendo su brillo con el tiempo, cuando se van llenando de hijos y de penas, al conjuro de las ilusiones viajeras, que caen a plomo desde el cielo en el centro del jardín, que es patio y desierto, y lugar de descanso y meditación.

Las alegrías y tristezas, se miden en un rincón del patio, bajo un naranjo, cerca del mármol de una columna o con la espalda apoyada en el tronco de un ciprés, que con su penacho vertical, lleva al cielo desde su vértice el pensamiento del solitario, que ha ido a gozar de la calma, en el remanso de almas.

El patio de las casas de vecinos tiene como primordial elemento decorativo los macetones y macetas; todos las aportan y todos las cuidan; sus flores y plantas, son tema frecuente de conversación en el grupo de mujeres hacendosas, que en los rincones propicios para sombra o sol, de acuerdo con la estación, se agrupan a coser o remendar, mientras los chiquillos trotan sobre las piedras, o cocidos ladrillos del pavimento.

Por las noches, junto al porrón de agua fresca, las parejas de ancianos dormitan en las horas veraniegas, en el rincón del patio.

Y en el patio, se celebran las bodas y bautizos, o se agrupan los hombres silenciosos, cuando esperan al que llamó Dios, para una vida mejor. Y del patio parten los niños para la escuela y las mocitas para el taller.

En un rincón del patio se pela la pava, y se acumulan ilusiones, y se hacen promesas de por vida, que más tarde alumbrarán vida.

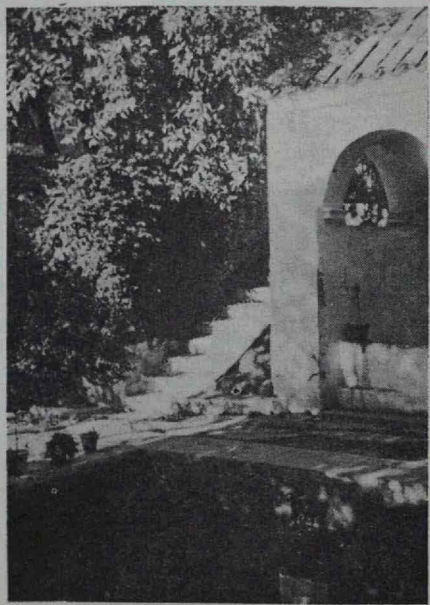
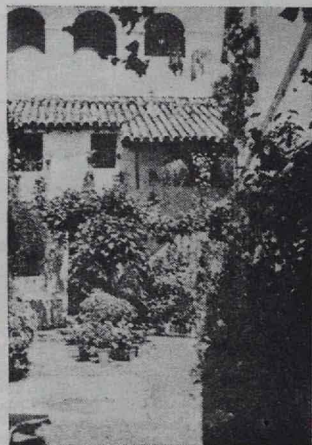
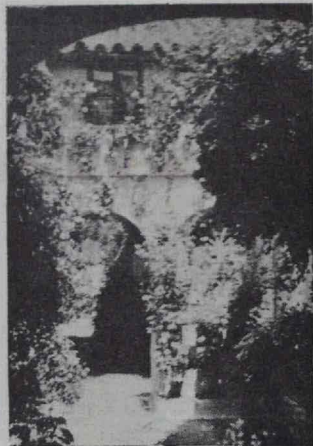
Y en las noches de invierno, en un momento de meditación, descansa sobre sus piedras, mirando al tejado por donde fué en busca de aventuras, el gato brillante y rollizo de la vieja solitaria, que echa las cartas y no tiene más amigo ni compañero que él.

Hay patios que son hogares de transhumantes, patios en los que las macetas han volado a las barandas; en los que las flores son una nota suave de color que va luego a sumarse a unos cabellos, de negro intenso, o que va a ofrecer su tallo a los dientes fuertes del andariego mozo que la exhibe en el trato, mientras pretende engañar al payo, o estimular a la bestia cansina. Son patios llenos de historia, de tradición y leyenda, que viven tras los portalones de las posadas, en los que las varas levantadas de los carros de los cosarios y los tratantes de yeso, ponen la nota enhiesta que es remedo de árbol, porque son pedazo de muerto tronco.

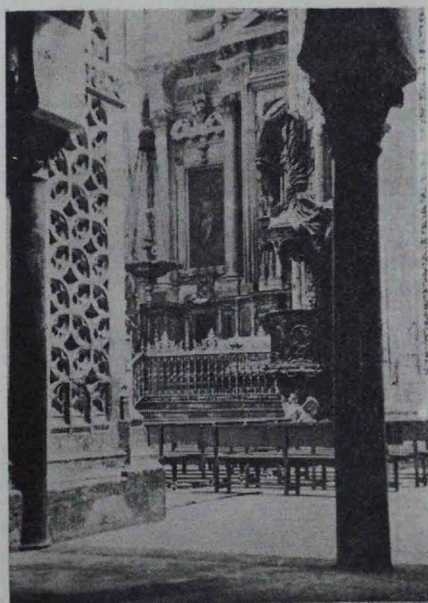
Hay patios en los que las paredes están hechas con material de horizonte, y piedra brava; estos conservan mejor la secuela árabe, porque a su vez son jardín y huerto, y como los añejos barrios de Medina Az-zahara, han nacido en casas instaladas en la falda de la sierra.

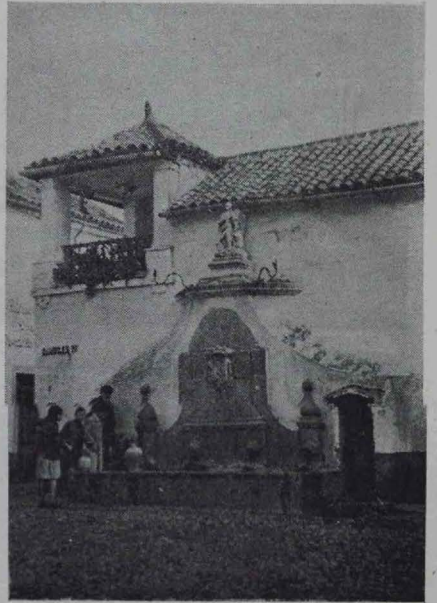
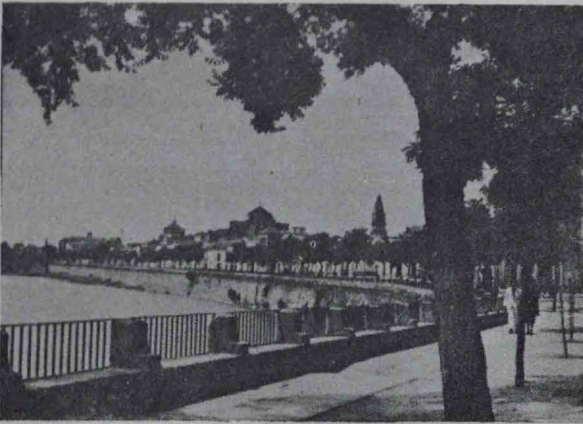
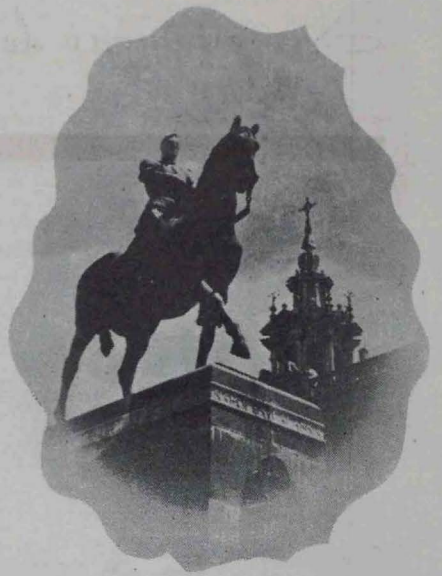


Y hay patios, coronando las crestas negras antes pobladas de almendros, donde la siembra de robles, encinas, cipreses y cruces de piedra, elevan una solemne plegaría al Señor; por los que cruzan silenciosos los ermitaños, y ponen con su barrera espiritual, unas infinitas paredes que los separan del mundo, y los acercan a Dios.



Seis estampas de Córdoba



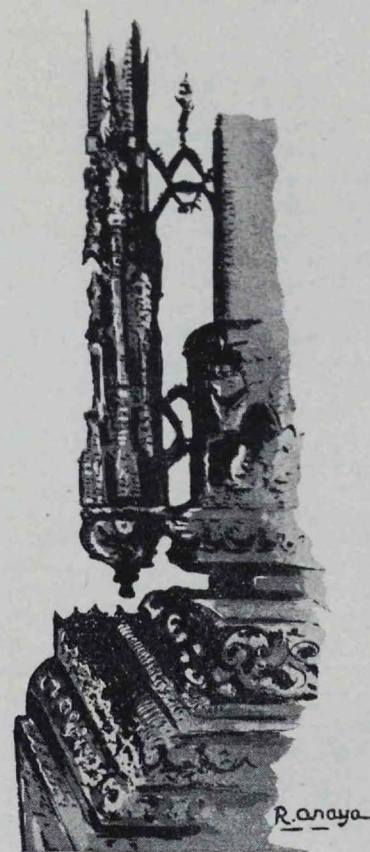


LA PLATERIA CORDOBESA

Cuando en las brisas suaves de la madrugada la primavera agita la plata verde de los álamos y la luna derrama su cofre de silenciosas pedrerías, Córdoba entera es un joyel caído de la garganta de la noche a los pies de ese gigante insomne que es la Sierra.

Y bajo la bandeja bruñida de la luna preparada para recibir cualquiera de las cabezas degolladas de ese genio sombrío que se llamó Juan de Valdés Leal, aún parecen avanzar al unísono golpe de los remos, por ese collar de agua caudalosa que es el Guadalquivir, las velas de púrpura henchidas por el viento de los bajeles del Rey Salomón que vienen a sorprender el sueño de los filones dormidos entre las raíces de las viñas.

Y me es dulce pensar que de estas nuestras tierras cordobesas salieron los preciados metales que luego han de convertirse por el trabajo de una mano maestra en acetres, en turibulos, en vasos sagrados humeantes de perfumes bajo las vigas de cedro en el Templo de Jerusalem y que Salomón, cuando dice a la Zulamita: «Zarcillos de oro te haremos con clavos de plata», piensa en estas tierras lejanas donde se llega después de mu-



chos días de navegación y donde la plata es como un pájaro sorprendido entre la tierra roja de los olivares.

Pero si de noche la ciudad entera es una joya, al alba comienza el rumor de los martillos y los cinceles y en los obradores las manos sabias de los orfebres y los lapidarios, los grabadores y las pulidoras acarician las piezas valiosas que luego han de adornar la madera sagrada de las imágenes o la carne suave de las mujeres.

270 talleres tiene el Ilustre Colegio de Plateros de Córdoba cuando Rafael Berral Ladrón de Guevara, Hermano Mayor de la Platería, coloca en el convento de San Francisco, allá en los finales del siglo XVII, la pesada ara de mármol que sostiene el barroco esplendor del altar del Santo Patrón de los Orífices San Eloy, el dulce doncel un día aprendiz de platero en Limoges y luego joyero de reyes. Hay una vidriera de suaves colores en el Louvre que representa al Santo aún mozo, vestido de sedas, pesando en una balanza las joyas que le entrega el Rey Clotario.

Lejos están los tiempos en que la plata escurría limpia casi de adornos como los cabellos de Santa Ursula en el relicario del siglo XIV que se guarda en la Catedral o se cuaja en débiles fibras góticas entre las manos germanas de Enrique de Arfe. Ahora la plata se riza en un sueño de exaltación de formas, se adorna en un delirio de encajes y de espuma y entre las fustuosas volutas de las guirnalda aureas arde la pasión humana del artista.

Son los días del auge espléndido de la platería cordobesa. En la calle de la Plata vuelcan las Indias el valioso metal y la Ilustre Congregación de Plateros, en la que se exigía limpieza de sangre, sostiene a sus pensadas un hospital en las callejas que aún

llevan el nombre de San Eloy. Antonio del Castillo, que ya había dibujado proyectos para los plateros, enoja con cintillos de esmeraldas los sombreros de sus arcángeles y decapita sus santas mártires con gargantillas de bermejós corales. Valdés Leal retuerce, burila, esmalta y clava de piedras preciosas los colores en su paleta hasta conseguir ese trono que sostiene a la Inmaculada en el lienzo de la «Virgen de los Plateros» que recibía culto en la calle de las Platerías:

El platero universal
de Dios, el eterno Padre
una joya hizo tal
que en ella puso el caudal
porque fué para su Madre.

En esta misma calle de las Platerías, la que se engalana de arcos y de altares suntuosos en las grandes solemnidades y en el día del Señor cuando la carroza dorada del Corpus pasa portando la espiga de oro que labrara Arfe el Viejo. Y otro arco recargado de relicarios y preseas se levanta el 25 de Marzo de 1650, día de la Encarnación del Señor, en que se hace la procesión de rogativas del Santísimo Cristo de las Mercedes para que cese la epidemia de landre.

Toda la ciudad, por la piedad del gremio, se convierte en un cáliz purísimo que se levanta en ofrenda hacia el cielo. Así, la Platería se agrupa en una hermandad de penitencia con el título de la Soledad en el viejo convento de la Merced y 30 lámparas de plata arden continuamente entre los arcos perfumados de higueras de la Fuensanta y las reliquias de los Mártires se encierran en arcas y ostentorios riquísimos y se labran los palios y los tronos de las imágenes y en el crucero de la Catedral se cuelga la lámpara de 17 arrobas que flamea bajo las bóvedas como una hoguera inmensa de plata.

Muchas son las manos que obraren tales prodigios. Algunos nombres quedan: Juan Ruiz el Vandalino, Rodrigo de León, Hernando Damas, Gaspar de las Tazas, Bernabé García de los Reyes, Cristóbal Sánchez Soto, Ginés Martínez, Martín Sánchez de la Cruz, José Francisco de Valderrama, Damián de Castro... y junto a estos los nombres actuales de Manuel Aumente, los González del Campo, Rafael Peiro, los Fragero, etc., porque en Córdoba existe una fina hebra de plata que es la tradición y que



engarza en un solo collar de esplendideces, desde las naves del Rey-Sabio, pasando por esa ánfora primorosamente cincelada que Céspedes coloca en el primer término de su famosa «Cena», hasta llegar a la saeta que el «Niño Castro» canta en Santa Marina el Domingo de Ramos:

«Como perlas preciosillas
que acaricia el buen platero...»

Pablo García Baena

En Córdoba se va a celebrar, el mes de Mayo, la III Exposición de Arte Taurino de carácter nacional

por JOSE BELLVER CANO



Sin que nos sea dado en este momento entrar en polémica acerca del *hecho* de la Fiesta de los toros, afincado hondamente en la vida del pueblo español, profundamente sentido por el mejicano, estimado por otros países de habla española y compartido por el portugués, la realidad indiscutible es que el *hecho* existe, y como tal, vamos a referirnos al mismo.

La tierra, madre de todos, es en España la gran cuidadora de la Fiesta; porque es en ella, en sus cortijos de Andalucía, en sus praderas de Castilla, de Salamanca, de Navarra y de otras provincias, donde se cría el toro bravo, el que ha de ser eje, y por fuero de raza (aptitudes y gallardía) dió nacimiento a la *lidia*, y es allí, donde para su crianza, selección y mejoras de la raza, comienzan las escenas y episodios de la vida taurina de los campos, llenas desde esa iniciación, de galanuras estéticas y de gestos de habilidad y hombría.

Después..., toda una serie de factores económicos ligados a lo que ha de ser Fiesta como espectáculo; y más adelante el desarrollo del mismo, conjuntando, gallardías, emociones, luminosidades, plasticidad, y en ese abigarramiento de espectadores que siguen la liturgia del toro, se estatuyen cánones, se ponderan sistemas, y se crea un arte, de plástica, eurytmia, de ritmo y de línea, engarzado siempre al riesgo de la vida—esa seguridad del alma desde que nace el cuerpo—que en definitiva constituye la razón imperecedera de ese *hecho* de la fiesta de los toros, a que me vengo refiriendo.

Arte; arte, rector del toro. Y Arte, Bellas Artes que desde tiempo secular recogieron esos motivos causales, y al cabo de años, puede mostrarnos una historia, y un exponente de los momentos actuales.

A eso obedece en verdad, el que Córdoba, tierra de artistas, tierra de toreros, y tierra de filósofos, maestros en todas las culturas (en la romana, en la rabínica, en la islámica y en la cristiana) haya resuelto celebrar el mes de mayo del año actual, la que será III de las Exposiciones de Arte Taurino, por mí concebidas, organizadas y montadas, con éxito que por conocido, no tengo a que silenciar.

¡Ah!; pero esta Exposición en Córdoba, debe de ser, algo tan excepcional como la Córdoba misma. Acaso, no todos la comprendan antes de verla, como sin duda sucede al propio espíritu cordobés; pero aceptado *el consabido hecho*, es a no dudarlo aquí en Córdoba, donde se le puede dar la máxima consagración. Lo impone la ofrenda constante de esfuerzos, aciertos y hasta de dolores, que a través de los años, hizo a la Fiesta el pueblo cordobés.

Los artistas de toda España, lo han comprendido. Y han respondido a ese alarde que tanto tiene también de estudio de influencias de la Fiesta en su sensibilidad y en su inspiración, inscribiéndose para concurrir con sus obras en tal número, y con tan seguras calidades, que sin duda, resultará este Certamen, una de las más esplendorosas muestras de arte, de los tiempos modernos, de todas las partes del mundo.

Un centenar de pintores, escultores, orífices, repujadores, etcétera, van a encontrarse en el mismo: los Vázquez Díaz y

Roberto Domingo y los Segura y Esteve Botey y Ruiz Olme y Pinazo, y en obra póstuma D. Mariano Benlliure, y todos, todos consagrados, laureados, etc. en alarde de su sensibilidad ante la fiesta; los Giraldez, Saavedra, Casero, Martínez de León, Segura, Echevarría, González Marcos, Rodríguez Clemente... y las pintoras como Carlota Fereal, Millán Losete, Bustillo, Mercedes del Val... ¡así hasta más de cien nombres!

Igual hubiera sido si se hubiese llamado a la poesía e incluso a la música, de la que exponente ha de ser, como nota singular, un pasodoble de especial dedicación por parte del maestro compositor Jacinto Guerrero, titulado «Córdoba taurina».

Junto a tan brillante concurso de pintura, escultura y objetos artísticos, se presentarán las Salas referidas en lo taurino a las figuras cordobesas que fueron, desde los tiempos del rejoneo por la aristocracia anterior y contemporánea del Rey Felipe VI —fundador de la primitiva plaza de toros de Madrid, en la puerta de Alcalá—, pasando por aquellos que fueron el Capitán Machuca (1715) y guardia de Corps con Fernando VII, el aristócrata-torero Pérez de Guzmán; y luego las Salas de *Lagartijo* y su tiempo, *Guerrita* y su tiempo, *Machaquito*, lo premanoletista, con *Joselito* y Belmonte, y finalmente, las dedicadas a *Manolete*.

Esta, plena de recuerdos que despiertan hondas emociones en los aficionados a la Fiesta, marcan la línea límite, de «adonde se llegó». La figura cumbre contemporánea, que en Linares el 28 de agosto de 1947, puso el «no más allá»... como hito exacto, divisorio del arte y de la muerte.

¡Lirismos?... En la Fiesta, lo lírico es simplemente expresión de lo recio, de lo hondo, de lo verdadero, que es en definitiva el morir.

Pero sea lo que fuere, esto es lo que he pretendido montar, y presentar a los visitantes que acudirán de España entera y aún del extranjero, en esta gran Exposición de Arte Taurino, III de las que dirijo.

Y al parecer, los artistas, me han interpretado exactamente. El 26 de mayo, día de la inauguración y ellos mismos, los competentes críticos de Arte, y de ese otro arte de los toros, y el público en general, es quien en definitiva ha de decirlo.

Córdoba, abril, 1948.



La «soleá» como se canta en Córdoba

por PEDRO TORO Y DE LA PRADA



De origen sentido, y si queremos utilizar el vocablo tantas veces mal empleado por los que desconocen a Córdoba y su gran filósofo, senequista; existe aquí algo, que dentro del ritmo, viene a ser una íntima confidencia, un autodiálogo, que rebosa de lo más hondo del alma, y que es la «soleá». Su estirpe etimológica es tan vieja como Córdoba y no sabemos si Góngora utilizó el lema en sus soledades, recogiénolo de lo popular, o captó el concepto, como sutil elemento espiritual del alma colectiva de la vieja y eterna ciudad, joya de la Roma aristocrática y del Califato de poéticas exquisiteces.

La «soleá» es un «cante» de los denominados «flamencos», que en Córdoba tiene un carácter único y especial. Dicen los inteligentes de esta clase de canto, que la «soleá» cordobesa hay que decirla, hablarla, dejarla salir sin estridencia y darle una constancia sería en el tono. Sus letras son de autor anónimo, quien las hace o deja escapar es el pueblo; son pedazos de su corazón sin músculo, de su espiritual grandeza, que a veces tiene necesidad de definir.

No esperen oír una «soleá», a voces; la guitarra, en un tono velado, con vibraciones que se escapan de manos que amortiguan las cuerdas con reflejos anímicos, pondrán el preludio murmulleante y florido del son, para que el «cantaor», que es cualquiera, diga su cuita, y la diga con la lenta y elocuente voz del filósofo sereno.

Sus letras, están hechas con todos los elementos humanos: dolor, alegría, ironía y especial humorismo, que no provocan carcajadas, afloran en ellas, pero... hablar de la «soleá» no es posible; nos falta una guitarra y un momento emocional preciso, para que los que no conocen esta tierra tengan una idea, muy ligera, de como es esta gran expresión armónica.

Ahí van unas letras; sin encajar en la obra de ningún poeta ni escritor. Las hay que tienen cuatro versos y que tienen tres. A las composiciones de tres versos, le llaman los cantaores «un alivio» dentro del cante por «soleares», y generalmente se dicen a continuación de dos de cuatro.

Si las piedras de la calle
tuvieran lengua y hablaran,
más de cuatro personillas
de sentimiento lloraran.

Soy más desgraciáito
que las piedras de la calle;
a ellas, las pisa «to» el mundo
y ellas no pisan a «naide».

Las campanas de las torres
suenan si se muere un rico.
Callan si se muere un pobre.

Dicen que tú eres «mu» guapa,
tu guapura no la veo,
por donde quiera que pasas
te señalan con el «deo».

Ya no vivo yo en la calle
donde «usté» me conoció.
Que vivo en la plazaleta
del desengaño mayor.

Hasta la calle Montero
viniste detrás de mí
sabiendo que no te quiero.

Ya no quiero más pan tuyo
que me amarga la corteza,
la conversación contigo
la que he «tenío» me pesa.

En otro tiempo era yo,
la alegría de mi casa
hoy soy un desconchón viejo
porque he «caío» en desgracia.

Quien mal anda mal acaba;
en casa del jabonero,
el que no cae resbala.



No preguntes por saber
que el tiempo te lo dirá,
que no hay cosa más bonita
que saber sin preguntar.

Cuando te veo venir
por lo lejos de la calle,
le digo a mi corazón...
que tenga «pacencia» y calle.

Qué penita y qué dolor,
los niños de San Jacinto,
no saben quien los parió.

No quiero que de aquí salgas
ni que a la puerta te asomes,
ni tomes agua bendita
donde la toman los hombres.

Al paño fino en la tienda
una mancha le cayó,
se vendió por bajo precio
porque perdió su valor.

Hasta la cuesta el Ballío,
porque esta mujer me quiera
de rodillas he subió.

Salgo al campo «pa olviar»,
—dejadme flores dejadme—
que aquel que una pena tiene
no se la divierte «naide».

¡Abrete por Dios ventana!
y díle a la que te cierra,
que si se acuerda de mí
como yo me acuerdo de ella.

Pocito en mi alcoba
me estoy muriendo de sed
y no me alcanza la sogá.

La «soleá» es una mezcla poética de paganismo, e imploración divina, con la que se cantan amores y pasiones, y con las que busca expresión el pueblo de esta Córdoba que siendo un pedazo de la Historia de Mundo, no puede ser analizada como arquitectura, sino como espíritu.

EL BANDIDO ROMANTICO

Cierto amigo, me preguntaba un día, si «El Tempranillo» era natural de Córdoba.

—No sé,—le contesté—, porque el romántico José María, para serlo más, o no habló jamás de su origen, o hizo respetar a los que lo conocían, el secreto; seguramente con ánimo de no afrontar a su tierra natal, con el perpetuo recuerdo de sus descarriadas aventuras.

He sentido luego la misma curiosidad, y he rebuscado por muchos libros dispuesto a descifrar el misterio. Pocos autores coinciden, y en realidad..., no creo que sea muy interesante para la Historia, encajar el hecho común a todos los humanos famosos o no, puro accidente de vecindad materna, en un hombre que es historia.

De todas maneras, y por intuición psicológica, pudiera llegarse a concretar algo sobre su patria chica, deduciendo su afinamiento honorable, al retirarse como enemigo de la justicia e incorporarse como representante y servidor de ella, en Córdoba. Es frecuente que todos los aventureros, que parten para correr Mando, en la primer oportunidad triunfal, que ante sí los valore, vuelvan a su pueblo de origen, y exhiban sus riquezas y dignidad arrancadas en la ausencia, delante de los vecinos que les vieran partir sin fe en ellos, con la inocente intención de mirar desde arriba a sus convecinos de clase pudiente, y codearse con los más refinados indígenas de su primitiva sociedad.

Si esto fuera un hecho general e invariable es seguro que José María nació en Córdoba, porque aquí vino a vivir cuando fué indultado por Fernando VII, y nombrado por este rey comandante del escuadrón franco de Protección y Seguridad Pública de Andalucía.

José María «El Tempranillo», rey de Sierra Morena, paradójicamente, por decisión de un rey de España, perdió su romántica corona: de romero, tomillo y hojas de encina, para recibir la denominación prosáica y hasta algo ofensiva de «Don» Juan Hinojosa, y no sabemos si cubrió su antes coronada testa, con alguna cursi tapadera distinta del sombrero calañés, que tendría aterciopelados brillos de joya imperial en su cabeza; tampoco sabemos si el pañuelo de hierbas, amplio y de múltiple colorido, lo substituyó por otros más reducidos y propios de un caballero, dignidad que suponemos correspondería al comandante de un escuadrón, aunque esta unidad de caballería fuera, no de origen militar.

Este bandido, produce interés popular dentro y fuera de las fronteras de España, donde su inquietud y actividad, provocan inspiración en los artistas, algunos de los cuales, como Merimée, prodigan escritos sobre él, y hasta presumen de haberlo visto. Claro, que es casi seguro que esta afirmación fuera un truco publicitario, o simplemente, costumbre de una época en la que todos los autores confiesan ser testigos, amigos o confidentes de sus personajes. Otro escritor, francés también, consigna lo mismo: el marqués de Custine; pero ninguno de los dos coincide en su descripción. Merimée lo pinta rubio, alto, esbelto,

de ojos azules..., y Custine dice que es moreno, bajo, gordo... en fin: completamente distinto.

Es extraño que este romántico bandido renunciara a su bien ganado imperio por un vulgar plato de lentejas, pero supongo que poseería su corazonazo, y que dentro de él tendría cabida el deseo de la espectacularidad, y por la esperanza que mueve a los toreros en su peligroso propósito, y a los artistas folklóricos en sus ridículas confidencias, que no es otra que sentir el aplauso de la masa inconsciente que responde al nombre común de público, un día salió desde el Ayuntamiento en una especie de procesión, para dirigirse a la Catedral, donde sería bendito el estandarte de su escuadrón, que dicen algunos historiadores que costea con el producto de sus pasadas rapiñas.

Este hombre original, actor de mil románticas aventuras, a las que puede que algún día preste atención más detalladamente, que acumuló,—oro es de suponer, porque en su dilatada actividad como bandido, trabajó en firme—, malgastó sus ganancias, y el fruto de los tributos que cobraba a los viajeros y empresas de locomoción, sin darse cuenta que al colgar el trabuco, renunciaba a la única y especial personalidad incomparable y nada fácil de imitar, que se había creado porque supongo que no hay antecedente, ni posibilidad de que vuelva a repetirse, en el que un bandido vivo sea visto con simpatía y considerado como una especie de monumento nacional dentro y fuera de su Patria; condición que perdió cuando cambió su romántica profesión, por la poco estimada y antipopular de perseguidor oficial de bandidos.

Después de estas coqueterías con su propia dignidad el temido y cantado José María «El Tempranillo», fué pasaportado por otro homónimo con diminutivo alias, cuando cumplía con la meritoria y prosaica misión de proteger a los viajeros de una diligencia. José María «El Barberillo», con su poco respetuoso comportamiento para su maestro y jefe, nos dejó la incógnita en pie. ¿Dónde nació José María?

No lo sé. Es posible que algún día llegue a descubrirse, mucho más difícil parecía encontrar el truco de los jeroglíficos egipcios y al fin se dió con él, pero hasta que no se averigüe, su estampa de bandido romántico, galante y algo poeta en sus acciones, tendrá el misterioso interés de su origen, y podrá servir de tema a investigadores y eruditos. Mientras, nos conformaremos con la hipotética afirmación de que José María ¿Rodríguez? «El Rey de Sierra Morena» vió la luz en un pueblo de Antequera, hecha por el inglés Coock, en sus «Sketches in Spain», dato que aunque algo difuso, ya es algo que nos releva del posible paisanaje con este extraordinario bandido, del que cuenta la tradición que era un hombre cortés y correcto, capaz de inclinarse con galantería aristocrática para besar la mano transparente, de la bella damisela a quien termina de despojar a la sombra de una encina, a donde la colocara para defenderla del sol de la carretera en que asaltara la diligencia, velando de este modo por la delicadeza del cutis de sus víctimas; muchas de las cuales quedarían decepcionadas al comprobar que el gallardo bandido, no practicaba el rapto amoroso, con la frecuencia deseada por los románticos historiadores que novelaban sus hazañas.



Dos músicos cordobeses

por DAMASO TORRES

Director de la Banda Municipal de Música



Honrar el nombre de los que nos precedieron en el Eterno paso del Hombre por la vida, es lo más justo y que más se ciñe a las humanas y divinas leyes, y mucho más, cuando los méritos de las personas que tratamos de honrar, son tantos y de tan alta calidad, que no solamente piden, sino que exigen esas honras para eterna perpetuidad de su memoria.

Este es el caso de dos hombres, de dos músicos que, por su acendrado amor a Córdoba, de un lado, y por su recia personalidad y singular estilo en su obra de otro, entretienen y (muy gratamente por cierto) mi pobre y menguada pluma, para de la mejor traza que Dios me dé a entender, cante su memoria trayendo a cuento sus grandes méritos a través de mis impresiones puramente personales ante su obra.

A mi juicio, la más preciosa cualidad que debe adornar la obra de arte, es el afán y el expreso deseo de que ésta presente características genuina e inconfundiblemente raciales; y en sucesivas escalas más estrechas e íntimas, nacionales, regionales y aún mejor en los más estrechos límites de la ciudad o la aldea. Y es por esto, que al hablar de dos músicos cordobeses, aún sin llamarles con su propio nombre, todos sabéis que se habla de don Eduardo Lucena y de don Cipriano Martínez Rucker; y recíprocamente al hablar de estos dos ilustres varones, es ocioso aclarar que se trata de los dos más auténticos y castizos músicos cordobeses por antonomasia. Digo, y es por esto, porque la música de estos maestros trasciende a Córdoba, desde cualquier punto que se la mire, y más propiamente, se la escuche. Lleva en su intrincado tejido el más preciado perfume y aroma de las plantas, árboles y las más variadas flores. También llevan todo un enorme bloque de Historia con las características raciales de los pueblos conquistadores, amasadas y fundidas más tarde con las de fuente indígena.

Sin embargo, y a pesar de esto que parece como un punto de coincidencia en el deseo férvido y amoroso de ambos músicos por su amada Córdoba; sus respectivos estilos no pueden ser más diametralmente opuestos y por lo mismo, por su enorme y notable contraste se complementan.

Es Lucena el músico de inspiración fácil, fresca y lozana, y cuya principal característica es la espontaneidad.

Martínez Rucker manifiesta, acusa una sólida y recia formación artística, no es su música para ser forjada en un *santiamén* y permítaseme el vocablo, siquiera por lo gráfico y explícito. Su música necesitó elaboración y profundos conocimientos para llevarla a cabo, pero a su vez las ideas son buenas ¡de superior calidad! necesariamente, pues tan luego como al condimentarse con solicitud y esmero y cociéndose en la hornilla de su gran talento, hubieron de producir exquisitos frutos como son cada una de sus preciosas y magníficas obras.

Y volviendo a Lucena. No hay ni una sola vez de las que he tenido el placer de escuchar sus graciosas composiciones, en que inmediatamente o «ipso facto» que parece que *suenan* mejor y da más *tono* (cómo se conoce que andamos entre música y músicos) me venga a la imaginación un compositor que derramaba la sal por arrobos en cuanto ponía su pluma sobre una pauta. Ni que decir tiene que me refiero al inconmensurable Federico Chueca. ¿Y por qué? Pues por una lógica y sencilla asociación de ideas. Lucena, o mejor dicho la música de Lucena, tiene también como la de Chueca, esa frescura, ese *sin* saber cómo o por dónde, pero que «Es», señas inequívocas de lo que surge espontáneamente sin el auxilio de la palanca del profundo saber. Así me suenan sus famosos pasacalles y sus no menos famosas Habanera y Pavana, y su Sinfonía, y cuidado que al hablar de Sinfonía siempre imaginamos una obra de colosales proporciones, hasta en sus menores detalles; pero la Sinfonía de Lucena hasta en sus momentos más trágicos resulta ágil e ingenuamente amable y deliciosa.

De las obras que conozco y que he ejecutado de don Cipriano Martínez Rucker, la que más me gusta es el Capricho Andaluz. ¡Es una auténtica estampa cordobesa!, huele a la flor del naranjo y en sus graciosos ritmos lleva prendidos más de un pensamiento impregnado del amor de una bella mujer.

También son notables, «Cantos de mi tierra», «El adiós de Boabdil» y las deliciosas y hondamente sentidas «Noches de Córdoba», amén de muchísimas más, todas ellas de superior calidad y digno empaque.

Réstame, pues, hacer resaltar a su vez la gran labor de ambos. Lucena, como creador y alma vivificante del «Centro Filarmónico», simpática agrupación típicamente cordobesa, que merece una mayor atención por tener unas características tal vez únicas en España, y Martínez Rucker como Director del Conservatorio de Música y Declamación, al frente del cual, desarrolló una eficaz y magnífica labor.



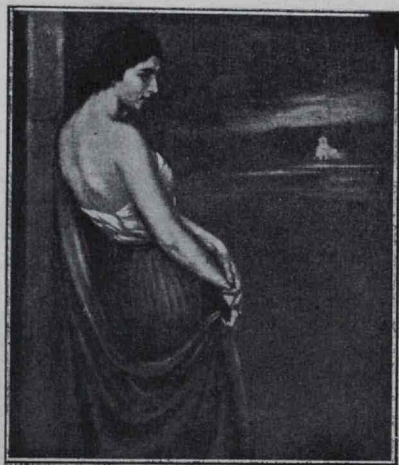
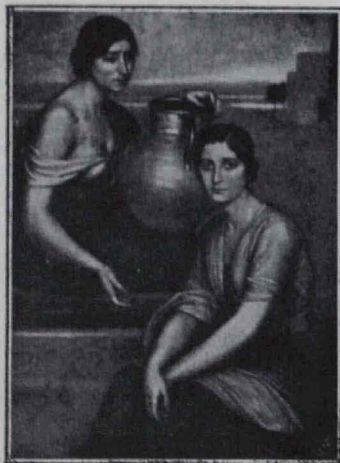
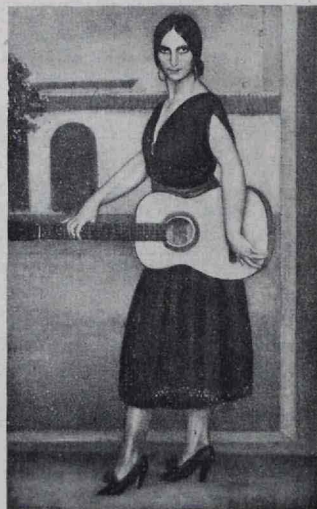
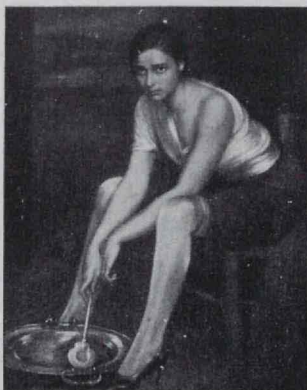
Julio Romero de Torres



Es difícil hablar de Julio y de su categoría como pintor; menos ahora, que es reconocido como valor universal. Cualquiera de sus obras, por sí sola expresa mucho más que el comentario escrito que pudiera arrancar de la más sensible alma de un poeta. Porque Julio, antes que pintor y maestro en su técnica fué poeta enamorado de su Córdoba. Su airosa figura, era una estampa de poesía; su pincel: la más exquisita pluma que crea sin palabras. Sus cuadros tienen algo más que la superficie, y expresan más que la realización de una técnica depurada. Detrás de cada figura que interpreta, existe un hondo abismo psicológico, un tema literario y un argumento de poema hondo.

Los misterios que encierran los ojos de sus mujeres, serán eterna fuente de inspiración.

En el ritmo de sus guitarras paradas en manos de mujer, están presas las armonías raciales que hablan por su más anímico y representativo instrumento



desde el corazón de Andalucía. Dentro de sus formas que solicitan caricias, hay torrentes de «soleares», «carceleras» y «serranas», que continúan derramándose a la luz de las estrellas en invocación al pintor poeta, que es orgullo de Córdoba, y será por siempre esencia romántica viva. La sonoridad de su nombre, arrancada a la fama, aparece en el tiempo como un eco orgulloso de la voz de España.

Julio, nace a la pintura con un magnífico bagaje hereditario, y sus primeros pasos los da entre obras maestras; su padre es un gran artista: Romero Barros, y en el seno de su familia encuentra la exquisitez espiritual y serena que encierran los hogares formados entre las paredes de Córdoba.

Sus primeros pasos los da entre flores de primorosos jardines, y sus ojos se llenan de cobres bruñidos, rasos y terciopelos que luego inmortalizará con su pincel magistral.

Julio, fuera y dentro de Córdoba, es Córdoba misma; una mezcla de torres, de cielo y de casas, le acompaña dentro de su corazón cuando sale en busca de la gloria, y cuando la alcanza, con gesto cariñoso de buen hijo, orgulloso de su cuna, guarda entre los pliegues de su capa airosa el laurel y lo trae para depositarlo a los pies orgullosos de la madre que es maestra espiritual de un mundo, en el que el nombre de Julio Romero, el pintor que escribe con el pincel, será inmortal.

La figura de Julio y sus cuadros, será fuente de inspiración, y tema vivo de Andalucía: desde el romance al profundo estudio crítico, y desde la estampa folklórica a la zarzuela de musical altura, han bebido en la hondura de sus obras.

El pintor que convive con la generación de más fecundidad literaria, es a la vez literato y realizador clásico, sus tonos y sus fondos, se los arranca del alma, y en ellos hay tanta calidad literaria y cerebral, como perfecta realización objetiva; después de Goya, es el que mejor traslada la subjetividad al colorido, sus mujeres hacen pensar, y en todas las ocasiones cuando ofrecen sus rostros parados a los ojos de los curiosos, dejan una pregunta flotando dentro de aquellos que sólo esperaban encontrar pintura.

—¿Por qué?

Ese por qué, es eterno, y Córdoba lo provoca siempre que da a luz un hijo inmortal.

Sus grandes toreros, sus grandes filósofos, y sus grandes soldados, como Julio Romero de Torres, también han dejado la pregunta al mundo, que es eterna inquietud que flota en el ambiente de esta ciudad, y que tan sólo puede contestar el cielo de Córdoba.

De su paleta tomó Julio tonalidades únicas, y su fuerza creadora, matizó el alma de un pueblo, que no duerme recordando un pasado espléndido, sino que como este hijo magnífico de nuestra madre Córdoba, da todos los días una pincelada, para delimitar los contornos de su rancia grandeza.





Una campana con caja y cuerdas que vibran atadas al alma. Manos que expresan sentimientos inspirados en hondos perfiles: sueño de mujer y flores; una reja ansiosa que también se pulsa como la guitarra y un perfil de torres: ¡Torres de Córdoba!

Diario de un recién nacido

En nuestro deseo de mostrar a España y al mundo lo que Córdoba es en la Historia y en el presente, ofrecemos a quienes nos lean, las primicias del libro inédito «Rafalito», del escritor cordobés Antonio Ortiz Villatoro, tan conocido en su tierra así por sus artículos periodísticos, como por sus libros «Escalones» y «Torero de leyenda», dedicado este último a glosar ciertos aspectos de la vida y carrera del inmortal «Manolete».

Lo recuerdo como si fuera ayer, no creas que es broma, en el momento de nacer yo pensaba y me daba cuenta de las cosas, dentro de mí tengo escritas unas de las páginas más interesantes que pudiera agregar cualquier novelista a su libro, ahora que está de moda la novela psicológica, representa una adquisición para el porvenir la experiencia que te voy a regalar. Figúrate que tengo un día de vida. Contéplame liado en los múltiples trapos, con que me envolvieron, observa la belleza del encaje que rebordea el final del tubo dentro del que me muevo y estima en lo que vale el tesoro que voy a donarte.

—¿Estás encajado en el momento?

—Sí, empieza.

—Allá voy.

Alzó el vaso, e introdujo todo el resto del vino en su boca, de allí lo trasladó a su estómago seguramente. Hizo palmas y en el idioma universal comunicó al camarero que debía de servirnos nuevamente. El camarero lo comprendió y contestó en igual idioma.

(Emite el sabio D. Rafael, que el idioma universal, no es el esperanto sino la mímica. También algunos otros coinciden con él).

—Estas son mis observaciones de recién nacido—me comunicó mi inspirado amigo.

«Se tienen en consideración las observaciones de los hombres sesudos, generalmente viejos y tontos. Yo, ateniéndome a la definición que de mí he oído, a cuantas bocas me calificaron en mi presencia: soy un ángel. Aunque cuando llegue el momento en que sepa andar, hablar y fumar puede que estime superficiales e ingenuas estas impresiones de recién nacido, no por ello me asusta lo que los demás, ni yo mismo, opinemos de ellas más tarde, y cumplo una misión necesaria dentro de la Literatura Universal, rellenando un hueco, que ninguno de los que se han dedicado a mirarse a sí mismos, ha intentado tapan. Claro que al hacerlo, no hago sino poner un principio a todos los diarios del mundo, porque los fenómenos que experimenta un recién nacido, vienen a ser comunes a todos los que se encontraran en esta situación, en igualdad de circunstancias.

«Ni las confesiones de Rousseau, que tantas estupideces hicieron pensar a unas cuantas generaciones, ni el diario de Amiel, pueden compararse en sinceridad y verosimilitud a mi diario sin fechas. Mi nombre es posible que no pase a la posteridad, porque lo oculto discretamente, al poner mis observaciones en manos de un escritor profesional o narrador, o como queramos llamarle. El, como Side Amete Benengeli en el Quijote, lleva sobre sus espaldas la responsabilidad de divulgar mis memorias. Mi postura es más noble, puesto que yo empecé mi obra impulsado por el conocimiento del deber. El la divulga, con el materialista propósito de cobrar unas pesetas. Claro que del valor literario de estas páginas, si no les satisfacen, me hará luego responsable a mí, lavándose las manos, con igual indiferencia que el más higiénico de los romanos, de los que tengo noticias, que eran unos señores que verificaban con frecuencia tan molesta operación.

Nací ayer. No sé el día, ni el mes, porque aunque hay un calendario ante mi cama, todavía no sé leer. Vine al Mundo de una manera absolutamente normal y rápida; tenía gana de luz y cuando llegó la hora hice todo lo que estubo de mi parte, para no retardar el suceso, tanto, que mi padre que había ido en busca de mi abuela materna, no pudo llegar a mi entrada en él con hora de presenciar el espectáculo lamentable que estaba dando mi madre, la que aseguraba, a voz en grito, que se iba a morir. Tan sólo me dió la bienvenida una señora, vestida con una bata blanca, que se apoderó de mí y me introdujo en un reci-

piente lleno de agua caliente, haciendo comentarios, que me parecen inoportunos, acerca de mi peso, y algunas otras circunstancias que por discreción me callo.

Cuando llegó mi padre, antes de que entrara a la habitación donde me estaban bañando, ya había recibido noticias de mi llegada, porque el público que se había incrementado favorablemente, con una señora que resultó ser mi tía, le había gritado:

— ¡Es un niño! ¡es un niño! La mar de hermoso. ¡Entra ligero hijo, entra ligero!

Probablemente, mi madre no le tendría acostumbrado a traer pequeños de mi sexo y condiciones, porque cuando llegó a enfrentarse conmigo, no las tenía todas consigo, respecto a la información. Me besó aunque le comunicaron que tenía barbas y me iba a molestar espinándome algo, y expresó su conformidad acerca de mi cualidad de varón asegurando, que era, uno de los niños más feos que había tenido delante de los ojos, pero que tenía la ventaja de que era un tío. Esto no pareció caerle bien a mi abuela materna que, aseguró: que parecía mentira que dijera eso, cuando mi cara era fiel reflejo de la suya,—la de mi padre—, a lo que éste respondió: que, aquello venía a convencerlo aun más, ya que ella misma había podido apreciar tan de repente el parecido, porque el pollo,—supongo que aludiría a mí—, era una de las birrias más perfectas que pueden darse, después de un acontecimiento como el que acabábamos de pasar, y que estaba por asegurar que su madre



opinaria lo mismo, pero al revés.—De esto no saco ninguna conclusión, dada mi corta edad, aún no estoy muy versado en lo referente a las batallas orales, y no acabo de comprender de una manera concreta, si mi padre es el que trataba de molestar a mi abuela o viceversa.

Mientras, yo estaba entregado a manos de la señora de la bata blanca, la cual me estaba envolviendo en una gran cantidad de trapos, a cada uno de los cuales daba un nombre distinto. Cuando terminó la operación, mi padre me volvió a coger y a besar, diciendo: que, parecía un cigarro, por lo bien liado que estaba. Ya había más público; unas señoras desconocidas, habían llegado, no sé de donde y se dedicaban a dar consejos. Una de ellas dijo: que, me pusieran al lado de mi madre, porque el calor de ella era lo más indicado para mí en aquellos momentos, y así lo hicieron. Tenía razón, porque encontré la cama muy confortable. Mi madre no hacía sino mirarme, yo le correspondía aunque probablemente sin que ella me lo agradeciera nada, porque la señora del calor omitió la especie: de que yo, de ninguna manera veía nada y que era la luz una cosa muy perjudicial para mis ojos; entonces, la señora de la bata blanca, no sé si por esa afirmación, se acercó a mi es-

grimiendo un tubito de cristal lleno de un líquido oscuro y me proyectó en los ojos el contenido. Al principio no ví nada, el mundo se borró, para luego ir apareciendo a través de una capa amarillada. No estaba mal, mi padre parecía que acababa de llegar de la playa por el colorido que tomó.

Continuaba llegando gente a verme, haciendo comentarios todos, acerca de mi belleza, fortaleza y demás cualidades, con las que decían me había asomado a la vida, pero mi padre insiste en su primera opinión de: que soy, un trueno en sabanillas. La cuestión es que yo empecé a aburrirme y decidí dormir.

—Mira que rico. Si tiene sueño. ¡Hay qué monol! ¿No le ves Rafael? —Mi madre.

—Naturalmente que lo veo. Me parece a mí que lo que le pasa es que se ha hartado de oír tonterías.—Mi padre.

—No digas eso, ¡si es monísimo! —Mi madre.

—¿Quién lo niega?—Tu debes descansar también, procura no hablar mucho, no creo que sea muy bueno para tu estado.—Mi padre.

Como la conversación no era interesante, y yo venía cansado de aguantar durante tanto tiempo, la incómoda postura en la que me había pasado una gran cantidad de meses, decidí dormirme y así lo hice.

Pero duró poco tiempo aquello. Mi primer sueño como habitante de este mundo fué interrumpido, mis abuelos paternos habían llegado. Venían de viaje y en la estación recibieron la gran noticia, de boca de un criado que fuera a esperarlos. No están mal estos abuelos, pero mi abuela habla bastante —también es una mujer—, a mi padre, que se había puesto en la boca un cilindrito que arrojaba humo, le ha obligado



a arrojarlo al suelo y pisarlo, porque eso es muy perjudicial para los niños, y se ha puesto a hablar conmigo.

—Mirame, hijo mío, anda mirame, dile algo a tu abuelita, etc.

Naturalmente, yo no he podido contestarle, pero me parece que tiene inteligencia suficiente para saber que veo, pese a la opinión de aquella señora que parecía afirmar lo contrario. También debe de saber que no puedo decirle nada porque no me encuentro facultado para hablar tonterías aún; Dios al nacer, nos da un margen de tiempo durante el que tenemos que oírlos forzosamente sin protestar, con la finalidad de que cuando llegue la ocasión de que nos toque a nosotros la hora, lo hagamos de la manera más aproximada a los demás, dentro de unas normas definidas, después de haber sido sometidos a una educación muy necesaria, que nos impida decir exactamente lo que pensamos, que no es costumbre.

Sin embargo, he intentado hacer un esfuerzo y he abierto la boca, con la buena intención de echar una parrafada, pero lo que ha salido es una gran cantidad de sonidos potentes e inarticulados, que han resultado llamarse llanto. Me han dicho pobrecito, con interjección y entusiasmo, desde diferentes lugares; me callo porque me molesta el calificativo en bocas no familiares.

Una señora:—¡Es muy bueno, qué pronto ha callado!

Otra señora:—Parece un ángel.

Mi abuela materna:—Eso es muy bueno, así se le desarrollan los pulmones.

Mi padre:—Le pido a Dios que no le dé por hacer ejercicios con mucha frecuencia.

Mi abuela paterna:—¡Qué fuerzas tiene!

Mi abuelo paterno:—(El único que conozco hasta la fecha). Después

de haberme mirado detenidamente—, dirigiéndose a mi padre:—No es tan feo, aunque todos los niños cuando nacen...—Dice algo que no he podido oír claramente.

Han traído a mi hermanita que es casi tan pequeña como yo,—bueno en relación con los presentes—, me ha mirado desde muy cerca, me ha sonreído y me ha dicho:

—Mama nino. Mama nino. Pama. Tete. ¡No!

Una señora ha preguntado por su edad y mi padre ha dicho que no se acuerda, pero mi madre debe de tener mejor memoria y le ha comunicado que diez y ocho meses.

Es muy rubia, tiene los ojos azules y parece ser querida por todos, que hacen manifestaciones que así lo demuestran. A mí también me gusta, pero me parece que hasta que no me pueda defender por mis propios medios, como se descuiden mis progenitores, en cualquier ocasión, va a tener éxito, en el fallido propósito de hoy, referente al ojo y al dedo.

He escuchado un agradable sonido al despertarme, un sonido muy alto, que me parece conocer de antiguo.

—Lo han despertado las campanas.

Ha dicho mi abuela materna, que está junto a mí, que las campanas me han despertado, luego, ha dicho, que arman mucho ruido.—Yo no creo que eso que arman las campanas sea ruido, porque ruido, parece una palabra que expresa algo molesto, y a mí me gustan las campanas, o será, que cuando yo las escucho no hacen ruido.

Ahora estamos solos en la habitación donde he nacido, mi madre y yo, acostados, mi abuela cerca de nosotros, sentada en una silla. Las ventanas están entornadas dejando entrar una luz muy agradable, pero me parece que esto está demasiado silencioso y he decidido armar un poco de ruido para amenizar la reunión.

Ya me he callado y me parece que no les ha hecho mucha gracia, mi intento de distraerles.—Como uno es tan chico, aún no sabe que es lo que más le gusta a las personas mayores, y hasta que pueda emitir mis pensamientos con la exactitud de que hacen gala los demás, voy a estar haciendo el ridículo de una manera alarmante. En efecto: en esta vida, el primer disgusto se lo lleva uno a poco de nacer.

Alguien ha emitido la opinión de que es necesario, que mi madre descanse.

Mi padre pregunta a la señora de la bata blanca, que se ha despedido de ella y ahora viste un traje negro, si tendría yo hambre.—La verdad, yo no sé lo que es hambre todavía, pero si esto tiene relación con el vacío que tengo en la parte media de mi cuerpo, aproximadamente, y que mi abuela definió como estomaguito, si debo de tener hambre.

Nos han dejado solos en la habitación a mi madre y a mí, al cabo de un rato vuelve mi padre y nos sonríe. Yo noto que los trapos que me han liado al cuerpo, se van humedeciendo. Mi padre que me observa atentamente, dirigiéndose a mi madre ha dicho:

—Pili, me parece que el niño está haciendo fuerzas.

—¡Qué tuno! —contesta ella, muy satisfecha de mi acción.

Alguien me extrae de la cama, me alza, me pone boca abajo y me desata. Oigo una voz, que no es de mi padre ni de mi madre que les informa:

—Está perfectamente, ya lo ha hecho del todo.

—A ver—, dice mi madre.

Por encima de la señora que me tiene en tan incómoda postura que me hace protestar airadamente, se alza un montón de trapos que aproxima para que los vea mi madre.

—¡Qué negral! ¿Verdad?—habla mi madre, complacida a la vista de mi gracia.

—Más que un niño, parece un calamar,—manifiesta mi padre, con un tono en la voz, que a mí me parece orgulloso.

—Es lo corriente,—contestó la señora.

Han transcurrido unos días.—Supongo que un día debe ser: El conjunto de luz exterior que entra por la ventana, sumado al de la interior, que hay metida en un vaso que cuelga de una cuerda desde el techo.

La señora que me bañó a mí llegada a esta habitación, de la que no he salido, que nos visita con frecuencia, se ha quedado con una tripa que yo tenía colgada de la barriga, en la mano. El trofeo ha sido observado con atención por todos los concurrentes y una señora, que debe de ver muy poco porque se acerca demasiado a mí, como si fuera a olerme, y que suspira frecuentemente, sin causa justificada, ha aconsejado que se guarde el residuo para cuando entre en quintas. Mi padre, ante estas manifestaciones, fulminó con la mirada a la consejera; pero, por lo visto no estaba de humor para emitir su opinión, porque se limitó a dar un gruñido que no pude traducir. Mi madre debe de conocer este lenguaje, porque enseguida dijo: que liarán la tripita en un papel de seda y la guardarán.

Los acontecimientos se desarrollan normalmente y engordó de una manera ostensible.

Hoy parece que se prepara fiesta, porque han traído unas cajas con

botellas y unas cosas de distinto colorido y agradable aspecto, en bandejas de cartón, a las que mi padre ha llamado dulces, cuando me besaba en el comedor, habitación a la que concurro hace cuatro días, tendido en un cochecito de color amarillo. Se lamentaba mi progenitor, de que dada mi edad, y régimen de alimentación a que estoy sometido, no pudiera comer dulces.—La verdad es que yo no quiero comer dulces, para mi ahora mismo, son una cosa ornamental, que hace juego con el resto de las cosas que hay depositadas en la mesa, pero nada más. Tiemblo, pensando que pudiera meterme uno en la boca. Mi alimento es riquísimo y abundante y la piel del pecho de mi madre, más suave y agradable que esos tarugos llenos de aristas, que han de estar ásperos y que deben de tener muy poco jugo.

Ha llegado una gran cantidad de familiares vestidos de nuevo, a mi me han en un inmenso traje lleno de cintas y bordados. El final de mi tocado origina una discusión sobre si hay o no, que ponerme el gorro, al fin, se ha decidido que sí. Mi madre ha dicho: que, sin pelo estoy muy feo, con la perinola al aire, y mi abuela opina que, puedo resfriarme.

Oigo un ruido estruendoso en el portal de la casa, donde estoy en brazos de D.^a Carmen, que es la señora de la bata blanca, cuya profesión he podido deducir que no es otra que, esperar y bañar niños cerca de las madres mientras ellas vociferan.

Un gran armario, con ruedas, se ha parado frente al portal, un hombre, con gorra y bata, desciende de él y abre una puerta por donde entramos. Mi padre también viene; por cierto que algo excitado, porque dice cosas infrecuentes en él.

—¿Qué tal va el moro?—pregunta el autor de mis días, y de mis noches, a D.^a Carmen.

—¡Jál jál! ¡Qué cosas tienes hijo! Igual de bromista eras cuando naciste. Tan rubio como él eras y lo mismo de alegre.

Decididamente de esta conversación no deduzco nada, no acabo de comprender a las personas mayores.

Llegamos a una iglesia,—lo sé porque lo he oído decir—, y entramos en una habitación llamada sacristía. De ella, al aviso de un niño, vestido de paño colorado, pasamos al interior. Es muy bonito, está lleno de santos y tiene muchos dorados. Un anciano con gafas de simpático aspecto, vestido con gran cantidad de ropas boradas, me sonríe, me toca y me hace conducir ante una pila con agua. Con este motivo se forma un revuelo y mis tíos que me tienen en brazos, piden el agua caliente. No sé si llorar o no, pero por las pasadas experiencias sospecho que el agua va a servirme a mí, yo no acabo de comprender la necesidad, porque no he actuado en los pañales.

Por un tris no me ahogo.

El tris debe de ser: una medida inmaterial, cuyo alcance no concibo, pero que oigo emplear a mi madre, yo también lo uso con el afán imitativo de los niños.

Delante de la imagen de la Virgen, han cantado una salve. También la Virgen tiene un niño, muy gracioso y simpático, pero casi desnudo.

Cuando volvemos, mi madre me recibe y me estruja muy emocionalmente, exclamando: —¡Hijo mío! ¡hijo mío!— Yo no puedo alcanzar por qué

repite las mismas palabras, e insiste en la frase, aun cuando supongo que será; porque en estos momentos hay en la casa personas que no me conocen y les estará diciendo quien soy yo.

Al vuelo recojo una conversación de dos invitados. Uno de ellos, de el que he sabido que se dedica a picar toros, y que tiene un trozo de palo negro en la boca, encendido, escucha atento, dándole vueltas al objeto humeante al otro que dice, que yo: ¡gracias a Dios! si me ocurriera una desgracia iría al cielo.

—¿Tú crees que D.^a Elena irá al cielo?—preguntó el picador.

—Es muy devota; casi seguro.

—Pues entonces, no sabes lo que lo siento, pero temo ir a un sitio donde pueda encontrármela hasta después de muerta.

En estos momentos conozco a D.^a Elena.

¡Uf! ¡qué tostón de señora! Pues no debe ser tan bruto como parece «Lancetas», porque yo tampoco encuentro agradable la relación con esta señora; es muy delgada y estirada, vestida de oscuro. Tiene una substancia blanca y polvorienta adherida a la cara, y un lunar morado, más grande que un garbanzo, adornado con pelos, cerca de la boca. Me ha rozado el lunar por la boca y me ha besado.

Mi padre dice que, los niños no deben de ser besados por las personas mayores, y mucho menos por los extraños. Ahora veo la finalidad de tan sabia precaución. Lamento que mi madre no haya tomado las medidas necesarias para que se respete la opinión de mi padre.

Observo que D.^a Elena como considerablemente.

«Lancetas», por el contrario, bebe como un beduino.—Hago mío el símil de mi padre cuando comentó con mi madre, el fenómeno que está experimentando el picador. Yo hasta ahora, no conocía más animal que picara que el mosquito que es una cosa casi invisible y vuela. Mi padre los persigue por la habitación, con un aparato que produce unos sonidos muy semejantes a los del gato cuando mi madre intenta recuperar la carne que substraía frecuentemente de la cocina.

Se acerca «Lancetas» y me mira con atención.

—¡Buen chavall—dice.—Lo haremos matador de toros.—He observado que no hace ruido como los mosquitos, pero tomando precauciones grito fuertemente.

La fiesta de mi bautizo terminó tarde; en el patio hicieron bastante ruido y ví como se movían, hombres y mujeres cogidos por la cintura, dando vueltas alrededor de unas macetas que hay por el centro.—Aun cuando yo no sé andar todavía, supongo, que solo se irá mejor que llevando enfrente a otra persona.

Doña Elena preguntó a «Lancetas», si bailaba, y éste contestó, que algunas veces, pero suelto.

Me han vestido de corto y me han comprado un chupete.

Ayer dije:—«Ago»—y mi madre informó a mi padre del acontecimiento.

Mi padre se entusiasmó, y afirmó que, yo estaba hecho un hombre. Suspiró satisfecho.

Si ya soy un hombre, he concluido mi misión, porque yo estaba escribiendo observaciones infantiles.

Hotel Victoria

✧
TODO CONFORT
✧

Plaza Aladreros, núm. 13 - Teléfono 1990

CORDOBA

Bar

Miami

✧
Marqués de Boil, 4

CORDOBA

Freiduría JIMENEZ

◆ | BAR
Restorán

Duque de Hornachuelos, 12 dup. - CORDOBA

BAR EDUARDO

VINOS SELECTOS

AVENIDA DE AMERICA

(Frente a la Estación Central)

Bar
Rosales

Juan Estévez

Servicio Esmerado

Carretera de Madrid

Bar Florida

Confitería-Heladería-Bar

Concepción, 16 dup.

Córdoba

BAR CHIMENEÁ

VINOS Y CAFE

Especialidad en Tapas

San Fernando, 139

CORDOBA

"Villa Rosa"

VINOS - CERVEZA - CAFE

ESMERADO SERVICIO

AVENIDA DE AMERICA

(Frente a la Estación Central)



Este folleto se distribuye gratuitamente

HOTEL MERIDIONAL



Ramírez de Arellano, 6-CORDOBA

BAR ALIJO

Vinos - Aguardientes - Café



Plaza de la Constitución - CORDOBA

BAR GOL

En la entrada del Estadio
del Arcángel.

ESMERADO SERVICIO



Vinos - cafés - Tapas variadas

Hotel Sevilla



Doce de Octubre, 10

Córdoba

Pasaje de la Victoria

BAR

Cerveza, café y licores



Plaza de Antonio Fernández Grilo

C O R D O B A

BAR CORDOBA



Victoriano Rivera. - CORDOBA



El presente folleto ha sido editado por el Excmo. Ayuntamiento de Córdoba, con la colaboración económica del Sindicato Provincial de Hostelería. Los clichés fueron hechos por el fotograbador don Manuel Sánchez González y la tirada, en la Imprenta «La Ibérica», de don Antonio Carmona, habiendo sido terminada su impresión el día 1 de abril de MCMXLVIII, IX Aniversario de la Victoria de Franco.